This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

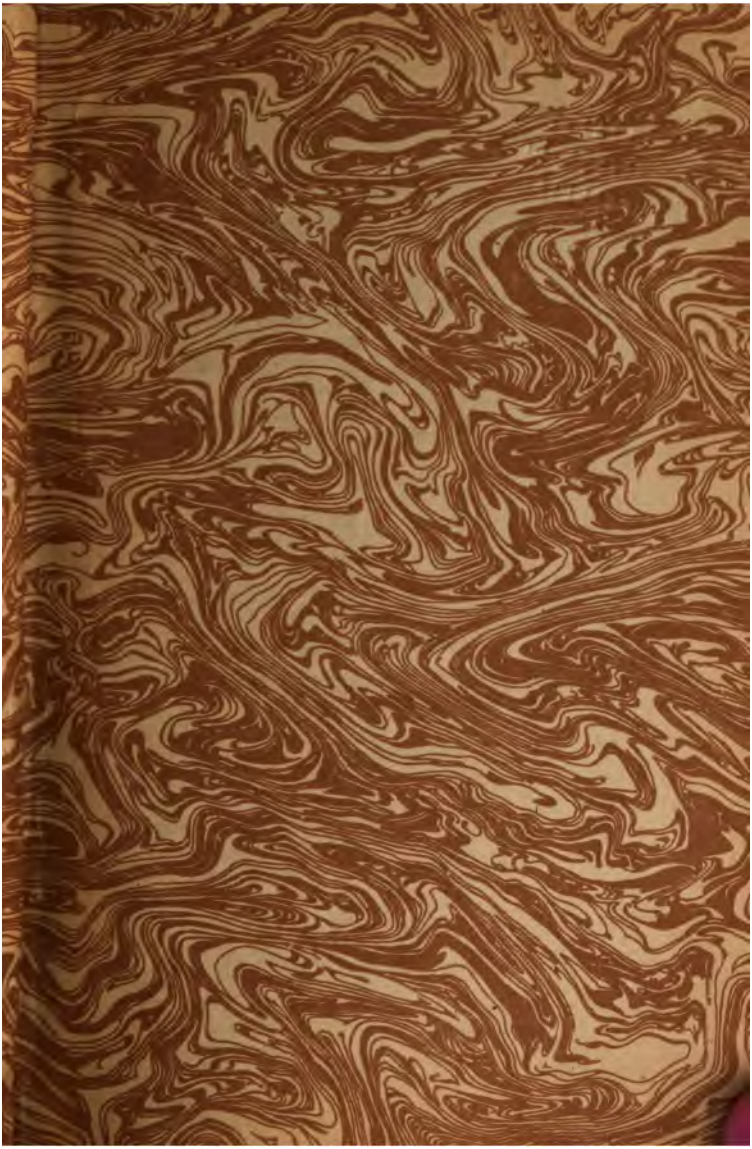
Span
4963
3.35 B

Harvard College Library

VE RI TAS

BOUGHT FROM THE
ANDREW PRESTON PEABODY
FUND

BEQUEATHED BY
CAROLINE EUSTIS PEABODY
OF CAMBRIDGE



COMEDIA

DE

SEPÚLVEDA

AHORA POR PRIMERA VEZ IMPRESA

SEGÚN EL MANUSCRITO DEL

EXCMO. SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

CON ADVERTENCIA Y NOTAS

DE

D. EMILIO COTARELO Y MORI

de la Real Academia Española.

MADRID

IMPRENTA DE LA REVISTA ESPAÑOLA

Ferraz, 62, bajo, izqda.

1901

COMEDIA DE SEPÚLVEDA

TO X

Span 4963.3.55

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
MAY 7 1971

Peabody

ADVERTENCIA

Imprímese por vez primera, (á lo menos hasta hoy no se conoce edición alguna) la *Comedia de Sepúlveda*, uno de los textos dramáticos españoles de principios del siglo XVI más raros y más interesantes.

El único manuscrito hoy conocido de esta obra es propiedad de nuestro insigne y universal maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, con su generosidad inagotable y su acendrado patriotismo, no vacila en entregarlo al estudio y deleite de los doctos y aun de los simplemente curiosos.

Hace ya bastantes años hizo sacar esta copia el inolvidable bibliófilo y orientalista D. Pascual de Gayangos, de un manuscrito, tal vez original, fechado en Sevilla (donde se ve fué compuesta la comedia) en 1547. Habíase hallado este códice en un pueblo del antíguo reino de León (quizá fuese de la librería de los condes de Benavente) y después que Gayangos

hizo su copia volvió á eclipsarse en términos que hoy nadie sabe dónde pára: probablemente estará perdido.

La previsión de aquel bibliógrafo eminente impidió que tan notable obra pereciese por completo. De su copia se hicieron otras: una para la Biblioteca Nacional, según afirma don Cayetano Alberto de la Barrera, en su *Catálogo del teatro antíguo español (verb.* SEPÚLVEDA); pero hoy no se halla en aquél rico depósito. Inútil será, pues, encarecer más la rareza de esta joya de nuestro primitivo teatro; y la hemos calificado de tal no sólo por dicha razón sino por su valor intrínseco.

Esta comedia no tiene título: la palabra *Sepúlveda* alude indudablemente la autor que, atendiendo á las circunstancias de tiempo y lugar, no pudo ser otro que el célebre romancerista sevillano Lorenzo de Sepúlveda.

Publicó este escritor en 1551, en Amberes, en casa de Juan Steelsio, una colección de romances históricos, sacados de la *Crónica general*, procurando imitar en ellos el carácter y estilo de los llamados *viejos*. Esta colección que le hizo célebre, fué reimpresa, con algunas variantes, otras muchas veces; y en el prólogo «del autor á un su amigo» se declara Sepúlveda na-

tural de Sevilla y aficionado á las letras. En el prólogo dialogado de la comedia que sigue, también del autor con un amigo, hace Sepúlveda declaraciones semejantes, entre otras, la de que era escribano de Sevilla, donde pasa la acción de la comedia.

En vista de estos datos no será temerario afirmar que el poeta popular sevillano Lorenzo de Sepúlveda es también el autor de la comedia que lleva su nombre. Así lo creyó el ya citado ilustre literato D. Cayetano A. de la Barrera, que incluyó á Sepúlveda en su célebre *Catálogo* como autor de ella.

El valor absoluto de esta obra es grande en cuanto al estilo y lenguaje, por estar divinamente escrita: no resulta lo mismo en cuanto á invención, pues señala una etapa en la tendencia de nuestros autores dramáticos de mediados del siglo XVI por imitar á los autores italianos; tendencia que luego habían de llevar al extremo Lope de Rueda y sus discípulos Timoneda, Alonso de la Vega, Pedro Navarro y algún otro.

Sepúlveda supo, sin embargo, adaptar á las costumbres españolas un asunto poco nacional, pero no tanto que no descubra claramente su origen. Él mismo no niega esta filiación,

mostrando en el prólogo que se leerá, su devoción á las comedias del «*divino* Pietro Aretino» y del Ariosto.

De una del autor del *Orlando* titulada *Il Negromante*, tomó mucho para la suya el sevillano, especialmente el episodio del mágico. Pero mucho más debió á otra italiana igualmente, compuesta por Nicolò Secchi con el título de *Los engaños*. De esta tradujo casi literalmente algunos pasajes: el fondo del asunto viene á ser el mismo.

Por igual razón tiene la comedia de Sepúlveda bastante semejanza con *Los Engañados* de Lope de Rueda, que Cañete, creyó equivocadamente estar tomada de la del Secchi, cuando, en realidad, según hemos demostrado en otro lugar, el modelo que tuvo Rueda presente fué la titulada *Gl' Ingannati*, compuesta en 1531 por los *Intronati*, sociedad académica de Sena. Quizá no sea casual esta coincidencia de Rueda y Sepúlveda en tomar por modelo de sus *arreglos* comedias tan semejantes hasta en el título.

El original nuestro tiene bastantes errores de copia; pero casi todos son fácilmente subsanables y así lo hemos hecho. Hemos adoptado la ortografía corriente, pues la del manus-

crito es muy grosera; y á esto se han limitado nuestras innovaciones.

Para concluir, debemos rendir las debidas grcias, en nombre de los literatos españoles y aficionados extranjeros, al gran maestro de nuestra moderna erudición por su desprendimiento en hacer asequible á todos la célebre y, sin embargo, no conocida *Comedia de Sepúlveda*.

E. C.

Comedia de Sepúlveda

PRÓLOGO

ESCOBAR BECERRA

ESBOBAR.—Si no me engaño, por aquí es la casa donde dicen que se representa la comedia esta noche: pero como paresce tan poca gente... Aquí viene un hombre que por ventura me dará razón della... ¡Qué gracia: mi amigo Becerra es! No pudiera yo hallar hombre que tanto contento me diese. ¿Qué es es eso, señor Becerra: dónde bueno por aquí tan sólo?

BECERRA.—Y vos, señor Escobar, no me paresce que venís muy acompañado. Mas ¿qué es esto? ¿cómo no vais á ver la comedia que se representa pues siempre os fueron agradables semejantes poemas?

ESCOBAR.—Para deciros la verdad con esa voluntad salí de mi posada; y, cuando me vi aquí, no sé cual es la casa donde se representa.

BECERRA.—Yo os la enseñaré; mas dificultosa cosa será poder entrar en ella.

ESCOBAR.—¿Por qué, señor Becerra? ¿tan encerrada es esa casa y tan sobre sì son los que moran en ella que no dejan entrar quien oiga esa comedia?

BECERRA.—No es eso; antes la turbación de la mu-

cha turba creo dé ocasión para que hayan cerrado la puerta y que no dejen entrar á sus amigos ni á los que ellos propios desean que entren.

Escobar.—No me espanto. Pero también lo podrá haber causado que están ya ocupados los asientos.

Becerra.—Podrá ser; por que yo he visto entrar muchos hombres y algunos dellos de calidad. Yo creo que será poco apacible su vista al autor y recitantes.

Escobar.—¿Por qué ocasión os parece querrían poder dejar de verlos.? Decidme, por vuestra fé, quienes son.

Becerra.—Una tropa de Arcitrapas(?)de la ley que nuevamente se ha levantado en esta ciudad, los cuales con haber hecho dos coplas mal trovadas ó zorcidas y otros habiendo imprimido dos sonetos ó tercias rimas de Boscán, y otros por que declaran dos versos de *Orlando* en toscano de manera que la madre que los parió no los entenderá tienen por costumbre muy importante de burlar de cuantas cosas ven imponiéndolas mil objetos, haciendo de jueces y determinando por sola su opinión; los cuales están tan enamorados de su entendimiento que cualqnier obra que ven que no víene á su medida la despachan por disparate.

Escobar.—Pues sin saber más osaré afirmar, señor Becerra, que esos tales no deben ser muy avisados; por que los hombres que lo son consideran lo que el escribir cuesta y á qué se pone uno que escribe y qué aventura; y ansí estimarían mucho cualquier obra

que ven y viendo las faltas que en ella ven considerando el dicho de Maharbal á Anibal, tan celebrado, cuando no quiso ir sobre Roma, que le dijo: «Oh, Anibal los dioses no dan todas las gracias á un hombre solo.» Y desa gente que decìs que son amigos de sus milagros como Mahoma, poco caso es de hacer de sus dichos, pues asi se hace de sus hechos, que os hago saber que. en este caso, imito á los mercaderes que nunca fian de palabras. Pero dexando estos bárbaros con su invidia, por que ella les dará lo que meresce su muy ruìn inclinación; empero, decidme, qué cosa es esta comedia. ¿Dicen si es buena?

BECERRA.—Yo la he visto toda escrita; porque Sepúlveda, que fué el que la hizo, me la mostró, por que es muy amígo mío.

ESCOBAR.—¿Quién es ese Sepùlveda: conòzcole yo?

BECERRA.—Un escribano de buen entendimiento que bien creo vos habeis visto algunas veces.

ESCOBAR.—Pues ¿tiene él caudal de sí para componer semejantes comedias,? pues se requiere para ello muchas particularidades y especialmente ser buen poeta.

BECERRA.—Por hombre de buen entendimiento le tengo, y la vena de poeta suya yo osaré afirmar que entre todos los escribanos es de los mayores poetas y entre los poetas de los mayores escribanos.

ESCOBAR.—Hecho me habeis reir contra vos: en cargo (1) os queda vuestro Sepúlveda; pero, decidme

(1) En el original dice: contra los Encargo, lo cual no tiene sentido.

á qué propòsito, pues tiene oficio tan ocupado, gasta el tiempo en componer semejantes poemas; pues de necesidad se ha de desocupar de su oficio y aunque no sé si os diga que también no es la más honrosa cosa del mundo entender en semejantes obras; ó á lo menos muchos tienen esta opinión.

BECERRA.—Eso no os quisiera oir, señor Escobar, por lo que toca á vuestro entendimiento; por que parece que aprobais la opinión que el ciego vulgo tiene en esto. Antes os quiero dar á entender que es cosa de grande habilidad y calidad estas comedias; y que son reservadas y se concede poderlas hacer á muy pocos entendimientos. Por que el grande artificio que llevan; y, si de más atrás quereis tomar el negocio, mirad la examinación que entre los poetas griegos tuvieron los poetas cómicos y cuan perpetuada dejaron su memoria por solo esto. Pues las obras de amor á quien todos los poetas tienen por principal y capitá, en su milicia (1) tan honrada y adorada de todos, ¿qué es sino una comedia? Pues si venimos á los poetas latinos hallareis tener no menos autoridades que los otros los cómicos, pues sabemos de Terencio quien fué y que por sola esta habilidad fué no solame libertado, mas aun tenido en tanta veneración persona como hasta hoy nosotros tenemos sus comedias; pues son la regla por donde casi todos los latinos pasan; y, por acortar envites, mirad las obras de Virgilio pues no tienen perdida la esperan-

(1) En el original dice: subblicia.

za que ninguno alcanzará á donde él puso(1) su raya; Casi todas ellas llevan una traza de comedia, como claro paresce en las bucólicas. Pues en nuestro tiempo mirad la estimación en que está tenido en toda Italia el Ariosto que casi tienen por pecado nombrarlo en vano: pues entre sus obras hallamos nuchas comedias suyas no en poco tenidas. Y sin este, ¿qué diremos de Pietro Aretino á quien por la excelencia de su juicio tienen por epiteto en su nombre El Divino? Pues notorio es que lo principal de sus obras son las comedias quehizo. Y por no alargarme más quiero concluir que hoy dìa en Italia que es la madre de los buenos y dilicadosjuizios que hay en nuestros tiempos no hay cosa que en tanto tengan como el componer un poema destos con el lustre y perfección que se requiere. Asì que, señor Escobar, no sigais en esa opiniòn á gente de tan bajo entendimiento, porque estareis tan engañado como ellos. Y, dexando esto, quiero satisfaceros al que demás me dijestes qué le movió á este mi amigo, siendo hombre tan ocupado, entender en estas cosas; y lo que os sabré decir es que la causa que á ello le mueve,(2) es exercitar el entendimiento y ofrecer este y otros semejantes trabajos á los de su patria y para que tengan entendido que en ella no faltan personas porque en esta profesión no puedan ganar premio

(1) En el origidal dice: paso.
(2) En el original dice: á ello comoveve.

con las extrañas contendiendo en semejante materia con ellos.

Escobar.—Muy gran gusto he tomado en oiros, señor Becerra, y os digo que estaba muy fuera de lo que agora estoy; y por eso dicen que es yerro irse con la opinión del vulgo, por que en la plaza llena muchas veces está el desierto. Pero, por vuestra fé, que me digais, si se os acuerda, el sujeto desta comedia; y, por ventura, ahorraré cinco ó seis horas de trabajo por verla.

Becerra.—No os puede dar gusto el sujeto ansì desnudo de aquella gracia con que el proceso dél suelen ornar los recitantes y otros muchos entremeses que intervienen por ornamento de la comedia, que no tienen cuerpo en el sujeto della; pero prosupuesto esto, si todavìa quereis saberlo, os diré lo que se me acuerda dello.

Escobar.—Antes me hareis muy gran merced.

Becerra.—El frasis(1) del negocio es éste. Un rico y medio hidalgo hombre, vecino de Granada, que se llama Montalbo, estando en una su heredad camino de Sevilla, acaso una noche, se le acendió tan bravamente esta heredad que se quemó toda, y acaso en el hervor del incendio pasó por allì un ciudadano rico desta ciudad de Sevilla que venìa de unos negocios suyos y viendo por el camino ir llorando una niña de dos años y algo lastimada de cierta caida, que, por escapar del fuego le habían echado por una ventana,

(1) En el origioal dice; fransis.

a tomó y trajo á Sevilla, por carescer de hijos; y la crió como propia hija y la llamó Violante: y el padre, teniéndola por quemada, como á otros de su casa, no hacìa cuenta de pensar que pudiera haber escapado. En esta tenía un hermano gentilhombre que le lamaban Alarcón, al cual el padre invió á estudiar á la Universidad de Osuna y, viniendo en unas vacaciones á Sevilla pudo ver á Violante, su hermana, y enamoróse della muy de veras y procuraba servirle por todas las vias que podía. Y es menester saber que estando este Alarcón en sus amores en Sevilla, se enamoró dél una moza, llamada Florencia de Figueroa, hija de un Figueroa, grande amigo de su padre; y el Alarcón, como tenìa puestos todos sus pensamientos en Violante sola no le salió á la Florencia á la parada, antes usó con ella grandes crueldades, de manera que la triste moza, de desesperada, se metió en un monesterio y, por consejo de una ama suya que la habìa criado, publican que es muerta, lo cual el padre pasó muy pesadamente. Ansí mismo esta Florencia tenia un hermano, llamado Osorio, enamorado también de la Violante, la cual, como mujer honesta, se defendía de ambos muy reciamente; y desde aquí comienza la comedia, por que como el primor destas comedias es que parezca que pasa en un día para acabarse, porque no se puede fingir noche, ni otro día, no pudiera intervenir todo esto ni tornarse tan atrás sin que fuera la fábula de Orestes. Y aquí hay grandes trances, porque el Alarcón enviaba con cierta carta ó recaudo á la Florencia, su paje,

á la Violante y ella con cuantas persuasiones podìa le desviaba del pensamiento los amores de su amo; y, al fin de grandes cosas que pasaron, que son mil marañas, viniendo el padre del Alarcón y, sabiendo cuan perdido andaba su hijo y posando en casa de Figueroa vino á conoscer por su hijo á la Violante y casóla con el Osorio, hijo del Figueroa, que era, como dije, su servidor y enamorado. En este regocijo descúbrese Florencia, hecho paje del Alarcón, con que se dobla la fiesta; la cual ansí mismo casó con su querido Alarcón y así se hacen dobladas las bodas. Y hay aquí, como digo, mil entremeses gracio sos, que van trovados con la obra: que son que el viejo Natera, el que crió á Violante, con un instinto agudo, entendió que la Florencia de Figueroa, paje de Alarcón, era mujer y enamoròse della; y Parrado, su criado, lo llevó á un charlatán que se hacìa mágico y hízo mill burlas á su amo; y también al mágico que tenia una mujer hermosa. En fin, hay mill cosas que no os las sabré decir ni aun son sino para verse en su lugar representadas y, por esto. holgaría que la viésedes.

Escobar.—Yo os digo, señor Becerra, que me ha contentado por todo extremo el sujeto de la comedia, que no puede dexar de ser muy buena y que no teugo de dexar de verla por cosa del mundo. Pero, decidme, ¿tiene otra cosa?

Becerra.—No más que al principio el autor suplica á todos los oyentes, con mucha humildad, le hagan merced de prestarle atención, pues su intento

fué y es de servirles y agradarles y que reciban en su servicio este su trabajo, pues puso en él todo lo que pudo, diciendo que impetrando esta merced dellos será ocasión para que con mayor voluntad procure levantar su ingenio para hacerles otros servicios de más importancia.

ESCOBAR.—A fe que estoy satisfecho y que tengo de verla en todo caso y luego quiero procurar la entrada.

BECERRA.—Esperá, señor Escobar, que yo os quiero acompañar hasta dexaros dentro; porque por mi medio podreis entrar más fácilmente.

ACTO I

VIOLANTE Y LÓPEZ

VIOLANTE.—No sin grandísimo desgusto puedo sufrir, López mía, las pesadas liviandades que me dicen cuantos hombres encuentro cuando salgo fuera, por lo cual no hay cosa que tanta congoja me dé que cuando mi señora me fuerza á que lo haga; y, dígoos de verdad que estoy más enferma del enojo que esto me ha causado hoy que lo esté mi tia que venimos de ver.

LÓPEZ.—Si no conosciera á V. merced bien, osara afirmar que ese era melindre y no pequeño; pero, señora, ¡cuánto más pesadumbre deben recibir aquellas que por feas los hombres no las quieren ver ó, ya que las miran, es para acusar sus defectos!

VIOLANTE.—¿Y esas teneis por peor libradas? Pues yo os afirmo, López, que es mejor á la mujer ser fea que hermosa, por muchas razones; y en esto no tengais duda.

LÓPEZ.—Por Dios, señora; V. md. quiere sustentar una opinión en que tendrá por contrarias á todas las mujeres del mundo; porque si no es ansì ¿para qué andamos todas muriendo haciendo talles altos y bajos, enriqueciendo á los traperos y sastres y empobreciendo á los tristes maridos, haciendo ropas de mil! nuevas invenciones con que su talle y proporción esté más agraciada y hermosa y, sin esto, para qué sufren tantas pesadumbres y ascos y congojas como se padece en los rostros y cabellos, sino para que mediante esto ganen y adquieran una aparencia de hermosura y las que en sí la tienen para multiplicarla y esforzarla? Y todo esto no se hace para otro fin sino para que las alaben por tales y cuantos las vieren aprueben su hermosura: y, siendo esto ansí, no sé por qué le ha de pesar á ninguna por que desto se siga la excelencia de aquello para que lo hacen que el ser loadas y tenidas por tales y que los hombres, juzgando su hermosura, le digan estas cosas de que V. md. se enfada.

VIOLANTE.—No será menester, mi López, afirmaros mucho, pues no hay quien mejor que vos lo sepa, cuán fuera está mi opinión de las desa que decìs, que con esos trabajos quieren adquirir hermosura y enmendar á naturaleza; porque, si me creyesen, osarìa afirmar que mi deseo sería sin com-

paración, que todos me tuviesen por fea más que por hermosa, por lo mucho que en esto se gana.

LÓPEZ.—¡Jesús! Nunca tal cosa he visto en mi vida. Y, ¿dicelo V. md. de veras?

VIOLANTE.—Ansí os lo juro y afirmo. Y, para que veais cuán acertada es mi opinión, os quiero decir lo que en un sermón oí que diz que dijo San Jerónimo en una *Epístola* suya de una señora de Roma, que no se me acuerda como la llamaron. Que la más bienaventurada mujer y digna de más loor era aquella de quien ninguno se acordaba ni hacìa cuenta para loarla ni vituperarla y la dejaban quieta. Demás desto, yo os digo que todas las mujeres feas son muy bien acondicionadas, humildes y muy bien complexionadas y tienen muy más descansado aparejo para ser buenas cristianas. Las hermosas, por el contrario, son todas soberbias, altivas, indómitas, sospechosas, porfiadas, malsanas y de mala complexión; padecen ansí mismo estas pesadumbres de que no pueden salir paso que no oigan de mil gentes bajas mil palabras torpes y señas deshonestas, que, de necesidad, si son honradas, les han de dar pena y gran desgusto. De manera que su hermosura no las sirve sino de correo que les acarrea al corazón mil enfadamientos; y el poco tiempo que la tienen; porque como oí en este mesmo sermón que os dije, que diz que dice, creo, un profeta que toda carne es heno y su hermosura como la flor del campo, que presto se alacia; y están en una frontera harto peligrosa, donde cada momento tienen mil rebatos y escaramuzas

de los sensuales deseos y atrevimientos de los hombres, de los cuales pocas se escapan que no salgan tocadas ó asombradas; porque dificultosa cosa y casi imposible es el guardar lo que todos codician y procuran haber.

¡Oh, López, y cuán fuera destas pesadumbres viven las feas, que se contentan con lo que naturaleza repartió con ellas sin desear más que sanidad en sus miembros, aunque podremos decir della como de la pobreza, que es dádiba santa y mal agradecida! ¡Cuánto más bien viven las feas que las hermosas; y con cuánta más honra verdadera y libertad y descanso; cuán con menos gastos y pesadumbres! De manera que justamente podría decir la mujer hermosa y honesta, si es verdad lo que dicen que dijo un rey cuando le dieron la corona del reino teniéndola en la mano: «¡Oh joya de gran valor entre la liviana gente: quien bien considerare los trabajos y molestias que traes contigo, aun que te hallases en el suelo no te levantarían!» Quiero acabar, López, con las mujeres hermosas; mirad que son un señuelo ó blanco donde (tiran) todos los tiranos deseos. Así están y por ellas se han perdido mil imperios, tornándose muchos locos, perdiendo su tierra, vida y alma y honra que os dije; que se me acuerda que oí á un fraile en el Real que si Adán pecó fué por no entristecer á sus amores de Eva; porque por su grandísima hermosura, la quiso más que á su Criador; de todo lo cual, como tengo dicho, están lífbres las feas: mirad con cuanta razón deseo ser en su cofradìa,

LÓPEZ.—Espantada me tiene V. md. ¡Por el siglo de mi padre no deje de aprender á leer aunque venda la saya! ¿Y no veis qué sabe? Pero V. md. alárgase mucho en esto como yo no sé responder. A fé que cuando ella y la beata aquella polida maestra que dicen que es hija del Beneficiado ¿no se acuerda cuando estuvieron porfiando esto mismo, que hizo callar á V. md. con lo que le dijo? ¡Landre y qué lengua tiene! ¿no se acuerda?

VIOLANTE.—Bien me acuerdo, López, desa plática: mas, decidme, por vuestra vida. ¿qué me dijo que os pareció muy acertado?

LÓPEZ.—Yo lo diré: en buena fé que no se me olvidará, por que me pareció de perlas. Dijo á V. merced que se engañaba en tener esa opinión, por que no puede V. md. negar que Dios tiene en sí toda perfección y hermosura; y que, pues nos había hecho á imagen y semejanza suya, aquella criatura que fuese más hermosa es más perfecta, porque por su perfección se allega más á la imagen y semejanza de Dios; y que, mediante esto, la hermosura debía de ser muy estimada. Y que ansí mismo la justicia ó leyes ó no sé cómo dijo disponían, sucediendo un delicto entre algunos hombres sin haber cierta información de cual dellos lo cometió, se presume haberlo hecho el de peor gestos y menos hermoso porque los tales se entiende ser más malos, y otras mil cosas que dijo.

VIOLANTE.—Está bien, López. Bien lo relatais; bien paresce que os contentó; pero decid tambien lo que

yo le dije y respondí á eso y si no se os acuerda, yo os lo diré.

López.—Esto que me paresció bien se me acuerda: esotro dígalo V. md.

Violante.—Lo que yo dije á eso os diré agora; y es que yo no repruebo la hermosura ni digo que es en sí mala, sino digo que estoy mal con ella por los males que della proceden á las que la tienen: pongo por ejemplo. Escuchad, López. Un cuchillo de si propio no es malo, pues es un conveniente instrumento, para nuestro servicio muy nece-sario. Empero, si el tal lo tuviese un niño, ¿parésceos que le serviría de otra cosa que de cortarse con él, por lo cual, con diligencia se lo quitan sus padres? Pues desta manera es la hermosura en las mujeres; por lo que os hago saber y afirmo que no sirve de otra cosa que de lisiarlas y ofenderlas, porque generalmente todas las que la tienen pierden el seso y son peores que niños y muy más fáciles para se ofender con ella. Ansí mismo, López, la riqueza no es de sì mala sino una cosa muy buena; pero estando ésta en poder de un tirano ó nescio, ¿qué os paresce qué obras del diablo hará con ella, pues dice y no se me acuerda quién; creo que es Salomón: «La riqueza en los nescios es para mucho peligro suyo y para hacerles mal» Ansí digo que hace la hermosura generalmente á todas las mujeres; porque no tenemos subjeto para tener en poco aquello que para tan poco tiempo se nos presta. Y bien sentía esto la hermosa reina Helena cuando, constituida en edad,

viéndose su rostro en el espejo las deformidades é injurias que la vejez suele hacer en los rostros hermosos, se reía y burlaba de los griegos, pues por aquel rostro se había asolado Troya y muerto tantos millares de hombres.

López.—¿Por qué dice V. md. que todas las mujeres hermosas son fuera de razón? ¿no ve que peca?; por que yo le haré confesar lo contrario, por que vea cómo se engaña, que muchas hay en esta ciudad y especialmente le daré una donde no hay respuesta y se la mostraré desde aquì con el dedo que, con tener toda la hermosura que con la imaginación se puede debujar, no sé si es tanta como su humildad y discreciòn de que todos los de esta ciudad están admirados; que con una porfiada determinaciòn esperan que ha de hacer milagros, aunque harto milagro es pedillo el pueblo.

Violante.—Concédoos, López, que no hay regla tan general que no tenga alguna ecepción. Pero, por esto, no deja de tener este nombre, porque haya en esta ciudad algunas de las que decís; porque á fé que no os sobren dedos en las manos para contarlos, y la que me habeis apuntado es una; y puesto que tras della podamos contar algunas, son tan pocas, que todavía queda mi opinión en su fuerza.

López—Señora Violante: ¿sabe V. md. que me paresce que habla de talanquera, porque aunque quiera no puede dejar de ser hermosa?

Violante.—¿No os digo, López, que en mi ánimo que trocaría mi rostro con cualquiera menos bueno

que quisiese trocar conmigo, aunque en este caso creo sería imposible ganar en las ferias, porque cada una entendería que iba engañada, porque este amor propio ya usa grandes cataratas? Catad, López, que la hermosura de las mujeres no sirve de otra cosa á los hombres que para atontarlos; y no sé quien tal se desea en su casa, ansí por la flaqueza de los hijos que procrean; comparar la abundancia de los gastos excesivos y para estar temiendo el peligro de su honra ó sospecha dél porque de lo uno ó de lo otro pocas se escapan; y los que desean casarse con semejantes mujeres se les podría decir lo que una mujer tan honesta como hermosa al padre de Alejandro, que la mandó traer á su cámara, le dijo: «Rey ¿qué me quieres?; que muertas las lámparas alumbres, todas las mujeres son unas... y ansí que... *(Sale Parrado.)*

PARRADO.—Allá iba á casa de su tìa para venir con V. md.; por que les paresciò á Señora que era muy tarde.

VIOLANTE.—Vamos enhorabuena, que yo me tuve el cuidado. Quedaos, que poco tiempo os durará el ser escudero. *(Éntranse Violante y López.)*

PARRADO.—¿Habeis visto la mejor cosa del mundo, cómo la señora Violante se hace teatina para convertir á López!, porque escondido he estado escuchando todo lo que han hablado. Sí, sì; negociado es con ella que deje el alcohol y badidaques; antes dejará el comer. ¡Que (ha) de salir una moza de tan buen entendimiento de un hombre tan tonto y enamoradizo como su padre Natera, mi amo! Estoy es-

pantado que creo no se ha visto viejo más para reir; y para que se vea hasta cuánto llega su tontedad y lascivia que anda muerto, perdido de amores de un paje de Alarcón, el requebrado de la predicadora de su hijo que agora se fué de aquí, y dice que es mujer en todo su sexo; y el rapaz gusta del negocio y trailo perdido.—¡Oh Dios, aquí viene otro tal!—Este es un charlatán que se hace nigromántico y es tan necio para ello como mi amo para enamorado. El es, sin duda; yo le vi en Valencia azotar por embaidor. Quiero reir un poco con él; por que me hará entender que sabe más que Merlín.—Buenos días, señor maestro.

NIGROMANTE.—Buenos os los dé Dios, señor.

PARRADO.¿—No sois vos aquel sapientísimo mágico nuevamente venido á esta tierra; que haceis llover y serenar, y que las cosas que los sabios de Faraón hicieron son muy pequeñas en comparación de las vuestras?

NIGROMANTE.—Dios cumpla lo que falta, aunque no tanto como eso. Pero en la ciencia de la mágica, por la bondad de Dios, no daré ventaja á Malgesí: pero decidme: ¿de dónde teneis noticia de mí?

PARRADO.—Una señora muy rica y no poco liberal tiene noticia de vuestra sciencia y os anda buscando Y yo sé que si vos le sabeis decir algunas cosas de las que ella desea saber que vos ganareis con ella harta cantidad de escudos.

NIGROMANTE.—¡Ho, ho, ho: si yo le sabré decir! Lo que quiere saber me decí: no me debeis bien co-

noscer. Hágoos saber que yo traigo conmigo ¡mirá qué primor! una mujer espiritada que dice las cosas pasadas y presentes y predica las por venir, porque tengo dentro della una ligión de espíritus de todas naciones para satisfacer á todas las gentes.

PARRADO.—¿Cómo de todas naciones?

NIGROMANTE.—Hay espíritus españoles y portugueses; italianos y franceses y de otras provincias para poder hablar en su lengua propia del que quiere saber algo de mí para que con más facilidad lo entienda. Esta delicadeza pocas veces la habreis visto.

PARRADO.—Grandes cosas me decís; pero, por vuestra vida que me declareis, porque muero por saberlo, donde están los españoles aposentados en esa mujer, porque los desta nación nunca pueden estar en nengún lugar.

NIGROMANTE.—En las manos y uñas.

PARRADO.—Otras naciones hay más liberales de manos y uñas que los españoles; pasá adelante. Ruégoos me digais donde están los portugueses, porque su propia tierra está escondida en el mundo.

NIGROMANTE.—Por eso están en las tripas, y páresce ser ansí, porque cuando ellos me hablan, viene primero un mal olor envuelto en un tronido sordo como de escopeta, mojada la pólvora, que da á entender el ruin aposento que tienen,

PARRADO.—Hecho me habeis reir. ¿Y los griegos dónde están?

NIGROMANTE.—En la lengua.

PARRADO.—A fé que teneis la mayor razón del

mundo; pero pocos los entenderán en esta ciudad, aunque muchos han procurado aprender dos nominativos de lo griego y saben (1) conocer los caracteres de las letras, y con esto se quedan ya hechos griegos.

NIGROMANTE.—No, que algunos médicos hay aquí que les veo traer en la fratiquera unos libros griegos portátiles, y en las disputas y conferencias que tienen de decir algunas palabras en griego, con tal acento y pronunciación las dicen, que los diablos, que están la mujer, que os digo que no las entenderán.

PARRADO.—Harto hay que decir y que reir sobre éso: lo cual quiero dejar porque me digais donde están los franceses.

NIGROMANTE.—En el garguero.

PARRADO.—En el coladero quereis decir. Pero admirado estoy como siendo tan enemigos y de tan diferentes condiciones de los españoles, pueden estar juntos en un cuerpo, que podemos decir que son dos contrarios en un sujeto.

NIGROMANTE.—Admirado me habeis. Grande entendimiento teneis de hombre; y porque veais cuan dilicadamente habeis apuntado, os diré lo que pasa; y es que estos franceses no hacían sino atormentarme siempre y desasosegar esta mujer. Y yo pidiéndoles la ocasión por qué lo hacían, me respondieron lo que vos habeis dicho, que no querían, ni podían

(1) En el original dice: saber

estar en compañía de los españoles. Y yo porque no se me fuesen por el provecho que de tenerlos se me sigue, les dije que donde querían que los aposentase, y ellos me respondieron que de buena voluntad estarían en una buena bota de vino añejo; y ansí los tengo ahora á todos en una candiota de diez años de Cazalla.

PARRADO.—Á mi parescer, maestro, esos son los mejor aposentados en este tiempo. Pero sin decirme mas vuestro aspecto y lo que la tua manifestaz-te facit, *(sic)* pero ¿dónde os podré hallar? que yo quiero decir todas estas vuestras maravillas (á) aquella señora que me envió para que me informarse, porque se os siguirá un crecido provecho.

NIGROMANTE.—No perdereis vos vuestra parte.

PARRADO.—Deso no hago caso. Baste que me terné por bien pagado con que me deis una receta para que me quiera bien cierta (1) moza, y aun os quedaré en eterna obligación, y decidme donde os hallaré de aquí á dos horas.

NIGROMANTE.—Por aquí me hallareis; y desotro que decís yo os daré una receta con unos caracteres y nombres benignos con que hagais que se muevan á quereros, no sólo las mujeres, pero serpientes.

PARRADO.—Todo es bueno. Yo quedo, señor maestro, muy satisfecho. Dejadme á mí hacer, que no pudiérades encontrar yo *(sic)* con hombre que más desease aprovecharos que yo.

---

(1) En el original dice: gerta.

NIGROMANTE.—Ni vos persona que más desease haceros placer.

PARRADO.—Yo os beso las manos. Allá irás chocarrero ¡voto á tal! que es el mismo que ví en Valencia, que lo azotó la Inquisición porque hacía mil abusiones é imbaimentos á las mujeres, siendo todo mentira; y esta mujer que dice que tiene espiritada es su mujer y es una hermosa moza por todo extremo, y él la hace que se finja espiritada para hacer estas barbarías, y desta manera, engañando á los simples, les rapa la moneda. ¡Oh! ¡oh! ¡oh! aquí viene Salazarico, el paje de Alarcón: los amores de mi amo Natera. ¿Dónde bueno, señor Salazar?

SALAZAR.—¡Oh Parrado! Yo vengo con la mayor priesa del mundo á buscaros, porque Alarcón, mi señor, os ruega que luego lo veais.

PARRADO.—¿Y dónde está?

SALAZAR.—Yo le dejé en casa hablando con un hombre que le vino á avisar como su padre será hoy ó mañana aquí para hacerle volver al estudio; pero yo veo esto harto mal encaminado, porque él estudia en sus amores, y está tan metido en la huerta, que plega á Dios lo saque della sin sucederle lo que á otros tan recatados como á él ha sucedido.

PARRADO.—¡Válame Dios! ¿Y de quién está enamorado.

SALAZAR.—¡Oh, qué bueno, por mi vida! Haced del descuidoso de no sabello, que me contenta mucho. Debeis tenerme por tan ciego que no veo lo que pasa con vos sobre ésto. Y lo que agora os quiere es

saber nuevas de su ninfa, las cuales vos le soleis llevar cada día; pero, pues profesais de hombre de bien, y yo por tal os tengo notado, lo cual obliga á que hagais lo que á mi me fuerza á pagároslo, que es la fidelidad que le debo, y es que le persuadais que se vuelva á su estudío y se quite destas vanidades tan peligrosas, pues ningún fruto puede sacar dellas, sino pérdida de tiempo y gasto de la hacienda y odio con su padre, y al fin una pesada fama de sí.

PARRADO.—En verdad, señor Salazar, que no sé lo que os decís, ni de esa materia cosa alguna, y por eso no os puedo responder; y á lo demás, decid á vuestro señor que yo seré allá sin duda de aquí á un rato, porque luego no puedo por cierto negocio de priesa que me impide, al cual voy con vuestra licencia.

SALAZAR.—¡Ve con cien mil diablos, ahorcadizo! ¡Plega á Dios que de mala estocada te vea atrevesado! Este bellaco ha de ser causa de mi muerte, porque cada día me degüella llevando y trayendo á mi señor recados de Violante, por donde se enciende tanto en su propósito con mil vanas esperanzas que no se acuerda de sí ni de otra cosa alguna. Este embaidor le esfuerza y anima con mil embustes y recaudos falsos para que prosiga su negra impresa, que harto negra es para mí, y creo verdaderamente que si no fuese por este, que viendo Alarcón cuán fuera está ella de su propósito, desconfiaría del negocio, y ansí se dejaría de seguirla, y yo ternía acertada coyuntura para descubrirme; pero siendo él todo de

aquella su digna, *(sic)* y teniendo entendido que al fin ha de ablandarla y alcanzar su favor, no lo puedo yo tener dél, ni terné jamás, lo cual creo que ha de dar ocasión para que en su presencia me dé la muerte, que tanto deseo. Pero quizá permitirá mi hado que yo lo vea en el estado que deseo: quedo desesperada deste su comenzado negocio. Yo le pueda descubrir mi desventura y el engaño quel amor que le tengo me forzó. Él aquí viene. ¡Ay de mí!, que todas las horas que lo veo se me yela la sangre y se me enciende el pecho como un horno, y me falta la voz, y no sé de qué procede esta alteración, pues me da su vista tanto contento que en un mismo instante tengo tan gran gozo y dolor que no sé determinarme si querría ser ciega por no verlo, ó tener los ojos de Argos para mejor contemplarlo.

(Sale Alarcón.)

ALARCÓN.—Salazarico ¿has hallado á Parrado?

SALAZAR.—Sí, señor. En mala horca lo halle otra vez que lo busque.

ALARCÓN.—¿Por qué deseas verlo ansí? ¿Tanto lo quieres?

SALAZAR.—Porque no quiso ir conmigo á la posada, porque hallándolo le dije que lo llamaba vuesa merced de priesa, y él se excusó con decir que iba á un negocio en que le iba la vida, y de aquí á un rato iría á la posada.

ALARCÓN.—¿Dónde lo hallaste?

SALAZAR.—En este mismo lugar, y espantome

como no lo encontró V. md., porque en aquel momento se acababa de ir.

ALARCÓN.—¿Dijote otra cosa sino que no podía ir á casa?

SALAZAR.—No me dijo otra cosa.

ALARCÓN.—¿Estaba descontento ó alegre?

SALAZAR.—Ansí, ansí.

ALARCÓN.—¿No te dijo, dime, había de hablar de algún negocio?

SALAZAR.—¿De quién, señor?

ALARCÓN.—Rapaz ¿quereis vos saberlo?

SALAZAR.—No me dijo otra cosa ninguna. ¡Ay! ¡ay! Señor mío, que un dolor me mata.

ALARCÓN. — Solíviate ¿qué has?, ¿donde sientes el dolor?

SALAZAR.—En medio del pecho, señor mío.

ALARCÓN.—¡Sus! ¡sus! Vete á casa y acuéstate, que yo voy luego allá; y, si todavía tienes el dolor, llamaremos un médico que te haga algún remedio. Yo voy á las gradas á informarme, que me dicen que viene mi padre, y luego volveré.

SALAZAR.—¡Ay, de mi triste! ¿Quién me podrá remediar jamás, no entendiendo ni sabiendo mi enfermedad? ¡Oh, desventurada de ti, Florencia de Figueroa! ¿Qué puedes esperar sino un vivo dolor y un fino tormento, pues la misma piedad se te muestra cruel? Porque si me quejo, como agora lo hacía, el amo virtuoso, que eslo más que todos los hombres del mundo, me hará luego mil remedios, creyendo aliviar mi negro dolor, y yo ¡mísera! no menos

de su tanta piedad como después de su extremada hermosura y gentileza, vencida y despedazada más me enciendo cada hora y me encadeno, porque con esta piedad me despedaza. ¡Oh, género de martirio delicado, y qué sufrimiento tendrá caudal para sustentarte! Y... pero... ¿estoy en mí? ¿De quién me quejo? ¿Qué razón tengo para culparlo, pues él no sabe quien soy yo, y menos el amor que le tengo? Verdaderamente yo estoy devaneando. Quiérome ir; no vuelva á casa y no me halle en ella. Que viene aquí una mujer: mi ama es, que viene á buscarme. Agora ternemos el planto de Adán; yo os prometo. En buen hora vea yo á mi dulce ama.

(Sale ésta.)

AMA.—¡Ay, hija mía amada! ¡Cuánto más agradable me sería ver el lugar donde había de recibir la muerte, condenada á ella que veros en este hábito con tanto peligro de mi vida y de vuestra honra!

SALAZAR.—Pasciencia, ama mía, que algún día se apiadará Dios de nuestras fatigas.

AMA.—No usaría de pequeña piedad si á ambas nos enviase á la muerte.

SALAZAR.—Ama mía de mi corazón; por aquella leche con que me alimentastes que no os me mostreis tan desesperada, sino que os consoleis lo mejor que pudiéredes hasta ver que determinan de mí los hados; y no os vea yo con tanta congoja, porque esta es la que más me aflige y atormenta, y, por mi

vida, que digais como pasaron mis padres la fingida nueva de mi muerte, y ansí mismo mi hermano. ¿Sintiéronlo mucho.

AMA.—¡Ay, hija!; decís que os da gran congoja la que en mí veis y traesme á la memoria cosa que de necesidad me ha de dar gran pena, acordándome lo que los ví hacer, porque ansí como, hija, os salistes del monesterio, yo dije á la Abadesa que convenía á la honra de su monesterio y á la vuestra decir que os habíades muerto sùpito, y porque se tenía por cierto que había sido de pestilencia, por el escándalo no se lo habían enviado á decir hasta estar enterrada; y, paresciéndoles bien, enviaron este mensaje, el cual oido por vuestro padre y madre, quedaron tan atónitos y tan sin moverse como estatuas de mármol. Y después que esta alteración les dió un poco de lugar en que el corazón se desanegase y emblandeciese, yo os digo, hija, que es hacer grande agravio á su sentimiento quererlo yo contar ansí, porque con saber yo que érades viva, de verlos tales, me amortecí mil veces, y aun agora se me sale el alma en acordarme dello. Y, al fin, todo su dolor quebraron sobre las monjas, diciendo que ellas os habían muerto, y que para mataros que habían incitado á que os fuésedes á holgar con ellas, porque la enfermedad que teníades no era nada; y sobresto van y vienen y discantan diciendo la crueldad que usaron con ellos para matarlos también, en no inviarlos á decir vuestra enfermedad para que siquiera os vieran antes que os enterraran. Y hasta agora no

hacen sino encender el aire con suspiros, y, en mi ánima, hija, no puedo estar una hora en aquella casa que no se me cubra el corazón, como soy enferma dél. Y vuestro hermano, por la misma razón, habita muy poco en ella, y también porque me dicen que anda enamorado muy de veras, aunque no sé por quien.

SALAZAR.—¡Oh, eterno Dios; y cuándo habrán fin mis tormentos!

AMA.—¡Oh, hija!: grande yerro habemos cometido, digno en verdad de un áspero castigo, aunque vos, por ser mochacha y su hija, cuando esto se descubra, os perdonarán de nescesidad vuestro padre y madre; mas á mí, ¿cómo me perdonarán; quién me excusará, ni quién me defenderá de sus manos? Pero con solo una cosa esfuerzo este mi justo temor, y vos sois dello buen testigo que por otra cosa no permití y dí manera como hiciésedes este desvarío de saliros y asentar por paje de Alarcón, sino por estorbar que no os matásedes, como muchas veces lo intentastes, y, al fin, creo que lo hiciérades; y, al fin, de dos males, tuve por bien de tomar el menor, que fué este.

SALAZAR.—No os congojeis, ama mía, que me matais.

AMA.—Ansí lo haré, hija, por daros contento, y vos tened cuidado de empañaros ese rostro, lavándoos con aquella agua que os dí, porque se os ponga moreno, que se os va aclarando; y ansí mismo, hija, decidme, por mi amor, cómo os va con Alarcón, qué fin creis que habrá este negocio.

SALAZAR.—No me puede ir nada bien en tanto que él esté aficionado á su Violante, por la cual se muere, y en esto yo le hago todos los estorbos que puedo para desbaratarle sus intentos, porque me he hecho muy grande amiga de Violante, y voy allá cada día y cantamos y tañemos en su clavicordio. Y yo, entre burlas y juego, mostrando quererla mucho, no hago sino predicarla que se guarde de las asechanzas y palabras blandas de los hombres, y dígola mil enjemplos de mujeres calificadas á quien engañaron, sino que soy yo, ama, como la tablilla del mesón, que muestra á todos la posada y estáse en la calle. Ella por su condición, porque en verdad, ama, que es una honestísima y avisada moza, y por lo que la digo, no lo puede ver peor que al diablo, y él, con todos sus trabajos, no ha podido haber de ella más que verla. Acaso, bien creo que él de desesperado ha de dejar de seguirla, y en esta coyuntura terné yo lugar para descubrirme y decirle lo que padezco por él, y no es posible que viéndose aborrecido y desamado de Violante y querido de mí que no se case conmigo; lo cual no me podeis negar que no será muy acertada cosa, considerando su calidad y hacienda y el amistad de nuestros padres, y así los míos, des que vean el negocio trazado tan á su honra y provecho, antes os darán galardón que pena.

AMA.—¡Ay! Plega á Dios que así sea, porque en viéndolo pueda yo decir con Simeón el *nunc dimittis;* y vámonos, hija, que no sé quien viene.

SALAZAR.—Vamos, madre mía, que en el camino os contaré mil donaires con que os desenfade, de un requiebro que tengo de un viejo de ochenta años, padre de Violante, que no sé quién diablos le puso en la cabeza que soy mujer. Mi amo lo adivinó, y háceme mil regalos, y yo digo que me muero por él, y ansí he tenido gran lugar de entrar en su casa y poder tener amistad con Violante.

(Sale Osorio.)

OSORIO.—Verdaderamente, ó yo no tengo sentido de hombre ó esta mujer es de piedra y aún de diamante. Digo esto porque yo la he tentado por más vías que los diablos á San Antón, y nunca he podido jamás haber della más que poderla ver algunas veces cuando iba á misa. Ya no sé qué me haga ni qué camino tome, pues todos mis intentos me han salido tan azares. Pero con todo, si López, ama de Salazar (1) hace por mí esta noche lo que me tiene prometido, yo seré el más bienaventurado hombre del mundo; porque me ha dicho que su padre de Violante diz que anda nuevamente perdido de amores, y no para en casa, y la madre lo mismo, que ha de estar en casa de una su hermana que está enferma; por manera que no queda en casa quien me pueda estorbar sino aquel diablo de Parrado, el cual, ó de miedo callará, viendo el negocio que va de

(1) Así en el original; pero debe decir Violante, que es de quien es ama López.

veras, con cualquier amenaza que le hagamos; y ya que dé voces y llame gente, entretanto yo seré con Violante y amorosamente la diré lo que por ella padezco, y que se venga conmigo, y llevarla he á casa de mi tio, á Cádiz, y de ahí nos embarcaremos á las Indias, y si ella me quiere bien, cierto es que lo hará, y si no me puede ver yo estoy con ella engañado; y si no quiere ir conmigo nunca yo la llevaré por fuerza. De manera que en este mercado, de necesidad gano una de dos cosas importante: la una ó yo ganaré á Violante, que la llevaré conmigo, pues no hay remedio de haberla de otra manera; y ya que no quiera ir, desengañaréme del todo viendo clarameute que no me quiere bien, y dejaré de andar padeciendo y muriendo sin sacar fruto ninguno. He aquí á López, su ama; algún aviso me viene á dar. Beso las manos de mi señora López.

López.—Yo las de V. md., mi señor Osorio.

Osorio.—¿Dónde bueno por aquí, señora mía?

López.—Voy á un negocio que importa mucho á mi señora, y quise venir por aquí, creyendo hallar á V. md. para certificarle que esta noche no han de estar mi señores en casa y ansí se podrá efectuar lo que tenemos concertado. Y á la tarde yo terné cuidado de avisar á V. md. volviéndole á decir lo que pasa, porque esté cierto y aparejado, y, en todo caso, V. md. tenga gran cuidado de guardar la fe que me dió que nayde (sepa) yo haber entrevenido en esto.

Osorio.—No dudeis, mi señora López, porque de

nuevo os lo torno á prometer; y si viene en efecto el negocio que tratamos yo os serviré con un crecido servicio, puesto que ninguno pueda corresponder á lo que vos mereceis y con la merced que me haceis, porque para esto era menester ensanchar el mundo. Pero lo que desto faltare suplirá mi voluntad, la cual siempre se empleará en vuestro servicio.

López.—Yo beso las manos de V. md. por la merced, y yo no pretendo de aquí otra ganancia sino servir á V. md.; porque este es mi principial intento, como de mi á V. md. conoscido y este me es no pequeño interese; y porque voy de priesa suplico á V. md. me perdone y en lo dicho me afirmo, y V. md. vea que me manda.

Osorio.—Mi señora López, que me mandeis en que yo os sirva, pues este ha de ser mi oficio toda mi vida, y que os guie Dios y os acordeis de mí. Yo quiero aparejarme para este negocio, pues tan bien entablado lo tengo, y para ello quiero llamar tres ó cuatro amigos de quien pueda fiarme para efectuar lo concertado y darles buena colación; pero desde la muerte de mi hermana están mis padres tan lastimados, y lo mismo toda mi casa, que no está para agasajar huéspedes, por lo cual quiero buscar á donde se pueda hacer esto graciosamente y á ponello por obra voy.

(Sale Parrado.)

Parrado.—Muriéndome vengo de risa, ¡voto á tal! y pensando en una burla que tengo ya trazada para

hacer á mi negro amo y al masicoral del nigromántico, porque mi negro viejo enamorado me ha encargado hoy en todo el seso que Dios me (1) dió. Porque veais su habilidad que, como muchos diz que han hecho, que lo oyó decir á sus padres, y debió de ser leyendo en el libro de *Don Reinaldos,* le buscase, en todo caso, un gran mágico que diz que está aquí nuevamente, por el que hablé hoy; para que por su arte lo hiciese invisible para poder entrar ansí y haber á su modo y placer á sus amores. ¿Vióse mayor tontedad en el mundo? ¡Oh, fortuna, y á quien repartes tus bienes! ¡Bien te pintan ciega, pues á éste tanto le metes el cuerno de copia en su casa cadaldia y el pobre Parrado se esté lamiendo las manos! Mas yo quiero dejar esto y descubrir el negocio á Alarcón, porque, para que podamos reir con este diablo, hará cualquiera cosa con su paje. ¡Mirá qué vida vida es esta; voto á tal! En mi rastro viene. No me deja rato ni hora para que lo haga invisible. ¡Por que se vea á que aprovechan las canas andamias! (*sic*). ¿No veis cuán aspacio viene contoneándose? ¡Oh, hi de p....: qué talle de enamorado! ¿Y dónde va V. md. á tal hora?

(Sale Natera.)

NATERA,—¡Ah, Parrado!; ninguna hay buena para mí sino la en que veo á mi vida. Bien me entiendes. ¿Hásla visto hoy?

(1) En el original dice: le.

PARRADO.—¿Quién, señor? ¿A la vida de vuesa merced? Hoy la he visto. Pero podremos decir, hoy me veis y mañana no me vereis, según anda vuesa merced apasionado. Y á fé que le he visto hoy dos veces á Salazara, y me dijo, que besaba las manos de V. md., y que estaba más á su servicio agora que nunca.

NATERA—¿A mi servicio, Parrado?

PARRADO.—Sí, señor; á su servicio.

NATERA.—¡Qué es lo que oigo!

PARRADG.—Lo que oye. Y aún yo sé questaría más aparejada si malas y envidiosas gentes no la hobiesen alterado la voluntad que tiene á V. md., diciéndole mil mentiras.

NATERA.—Parrado mío; así Dios te saque de casas ajenas y te veas el mejor hombre de tu linaje, que me digas qué la han dicho de mí, y toma mi sayo, el de Londres, el de la puerta grande con sus cintas y todo.

PARRADO.—No se ponga V. md. en eso, que yo estoy aparejado con mill mercedes que dél he recibido, y con ninguna cosa me puede más obligar de lo que yo estoy, y á lo que me obliga la verdad; porque yo creo que todas estas cosas que dicen deben de ser todas mentira.

NATERA.—No me mates, Parrado. Dímelo, por el siglo de tu padre: ¿qué le han dicho? Cata que me muero por saberlo.

PARRADO.—No es nada, señor, para que vuesa merced haga agora tanto caso. Hanle dicho...

NATERA.—Acaba ya, que me estoy finando, y tú estás mascando las palabras.

PARRADO.—Es que diz que V. md. tenía un no sé qué...

NATERA.—¡Un no sé qué! ¿Qué es un no sé qué? Dímelo claro. ¡Jesús! ¡Jesús! Dímelo ya, Parrado, si no quieres que aqui me entierren.

PARRADO.—Ya lo digo. Que diz que V. md. era quebrado.

NATERA.—Agora me libre Dios del diablo. Potroso quieres decir. Ven acá, Parrado. Haz la cruz.

PARRADO.—¿Para qué, señor?

NATERA.—Hazla, necio. Vesme estar en ella y háceste de rogar. Alza las manos, que juro á Dios y á esta cruz, ✠ como fiel cristiano y temoroso de Dios é hijodalgo notorio, nieto de Álvaro Sánchez Natera, jurado de la colación de san Vicente y hijo de Hernando Natera, la mejor lanza que hobo en el reino de Granada, que es la mayor mentira del mundo, porque veas, Parrado, que mundo tenemos.

PARRADO.—¡Oh, señor! ¿Y para qué es éso?, que yo tengo desde la primera hora creido á V. md. Para conmigo no son menester juramentos.

NATERA.—¡Oh! sí; que potroso, Parrado. ¡Bueno estaba Natera!... Dime, hijo; ¿dijéronle otra cosa?

PARRADO.—Todo estotro no es nada. Pesa dos maravedís: mal de ricos es.

NATERA.—¡Voto á Dios! ¡Qué! ¿también le han dicho que soy gotoso? ¡Hoy! ¡hoy! ¿Y tú no sabes la verdad? ¡No se te acuerda la otra noche cuando los

ladrones de casa del Beneficiado? ¿No me viste ir tras dellas como un gamo, y cuando salimos al alarde de los dias pasados? Bien se te acuerda; desque me vido el conde de Coruña en mi caballo y con mi adarga y mi postura, tú propio me dijiste que dijo: «Con diez tales como éste bien osaría acometer á dos mill moros ó bellacos.» ¡Por Dios, que si piernas son estas de gotoso, descansado estoy, Parrado! La vida me has dado, porque pensé que eran otras cosas más dificultosas de probar. Dí, por tu vida, ¿hay otro chisme?

PARRADO.—Todo lo demás son niñerías: que diz que trae V. md. martingala y otras cosas de aire.

NATERA.—¡Oh, bellacos, de mal casta, invidiosos! ¡Martingala! ¿Y hay mejor hábito en el mundo! Sino pregúntenselo al rey don Fernando, que nunca andubo sin ella. Bien paresce dicho de apocados. Mira, Parrado; yo heredé este hábito de mis padres, que fueron hombres de guerra de lanza en paño, ¡voto á Dios! ¿No me oiste el otro día contar en casa del Jurado, cuando andaba empadronando, lo que hizo en solo Viena, como él y otro hidalgo la defendieron de cien mill moros, y lo que hizo cuando se tomó al mohin, y aún, ¡júrote á Dios!, que cuando se escaló el Alhama no subieron siete delante de Hernando Natera, y traía martingola, ¡juro á Dios!

PARPADO.—Señor, ¿para qué es eso? ¿No digo á V. md. que poca necesidad tiene de satisfacerme á mí, que lo sé tan bien como V. md? Lo que con-

viene es que tengamos manera como esta moza se desengañe.

NATERA.—Pues ¿cómo ordenaremos para desengañarla? Parrado, haz tú lo que quisieres, y acuérdate lo que debes y como te he sacado dos veces de la cárcel, y que no tengo hijos ni herederos forzosos.

PARRADO.—¡Cómo, señor! ¿No es hija de vuesa merced Violante?

NATERA.—No, Parrado; pero téngola en esa cuenta.

PARRADO.—¡Espantado estoy!

NATERA.—¿De qué te espantas?

PARRADO.—De que hasta agora la tenía por su hija.

NATERA.—Pues sabe que no lo es; y lo que pasa en esto te lo diré en secreto, porque veas cuanto te quiero. Viniendo de Granada, mucho días ha, (1) que traía sobre la barca del Algaba, que me la pedian unos frailes, yendo una noche por el camino, vì que se quemaba una casa de una heredad que allí estaba y hallé esta niña sola, como de edad de dos años, poco más, que iba llorando por el campo. Y yo, como no tenía hijos y la vi tan bonita, toméla y trújela á mi casa, y púsele nombre Violante, como á mi madre, y téngola como ves por hija, pero no lo es.

PARRADO.—Grandes cosas me ha contado V. md.

NATERA.—Dejemos ésto. Dime, Parrado; ¿qué medio ternemos para desengañar á Salazara?

---

(1) Faltan seguramente algunas palabras que por el sentido parece que han de ser, *por un pleito que.*

PARRADO.—Parésceme, señor, que este será un buen remedio, y harto fácil; y es que la primera vez qüe venga á casa, como suele, porque ya sabe V. md. el amor que tiene á la señora Violante, y como cantan y tañen las más veces que viene á casa; y tenga aviso si acaso viniere esta tarde, y V. md. póngaseme unos zaragüelles de tafetán ó de lienzo, que para dentro de casa cualesquier que sean bastan, y unas medias calzas bien estiradas, y un zapato bien picado y acochillado, y deje esos borceguíes y pantufos, y haga como que lo ha traido la mágica, y entre donde están y baile una pavana y ¡voto á tal! que la mate de amores viendo que es mentira cuanto han dicho.

NATERA.—¿Qué la mataré de amores, Parrado? ¡Oh, buen fin te dé Dios, y cómo eres avisado, que has dado en el mejor remedio del mundo. Pero, ¿qué haré que no sé danzar ni nunca me dí á esos donaires? Si fuera á tirar una lanza ó armar un justador yo te prometo que el Turco no me hiciera ventaja con cuanto tiene.

PARRADO.—Señor, aquí no pretendemos que vuesa merced muestre que sabe bailar, sino que lo puede hacer; y para ésto, con dos vueltas que dé, basta.

NATERA.—Verdad es; pero con todo eso holgaría que fuesen concertadas.

PARRADO.—Si no está en más que eso, yo le daré á V. md. dos mudanzas del esturdión que aprenderá en dos palabras.

NATERA.—No quería yo cosa tan revesada.

PDARRDO.—Pues, ¿qué quiere V. md.? La caxqueta

ó el canario son cosas muy desautorizadas. Esto es lo que conviene.

NATERA.—Está bien: sea como quieres.

PARRADO.—Sus; quítese esos pantufos y álceseme ese capuz, que yo veo, como es ingenioso, que se ha de comer las manos tras el bailar.

NATERA.—Pues, ¿quién ha de tañer, Parrado; habemos de bailar sin son?

PARRADO.—¡Bueno está mi padre! ¿Eso faltar donde está Parrado? Luego V. md., ¿no ha estado en tierra de Campos? Yo haré el son con la boca mejor que con diez guitarras, y aun un ruinseñor que no sepa diferenciar si es pájaro ú no.

NATERA.—En todo te hizo Dios cumplido. Comienza por tu vida.

(Baylan.)

NATERA.—¿Qué te paresce, Parrado, del viejo; es gotoso?

PARRADO.—Señor, ¿para qué dice eso, voto á tal? Más precio haberlo visto que una capa tan buena como el sayo que dió. ¡Mal año para un mancebo de mill meses!

NATERA.—Héte agradado, por tu vida; que yo bien veo que estás contento.

PARRADO.—Por Dios, señor, que nunca tal creí de V. md.

NATERA.—Ora, sus, ya esto es hecho. Desengañada está la perla: facilmente la ablandaremos. Y tú ve luego en todas maneras á buscar aquel gran nigro-

mántico que es venido nuevamente que te dije, para que dé orden como me haga invisible para poder entrar en la cámara de mi ánima sin ser visto, y á fe que no le pese á ella desque me descubra estando desengañada.

PARRADO.—Luego le buscaré, señor; que ya sé donde posa. Ya lo quería haber todo concluido y libre á V. md. de tanto cuidado.

NATERA.—Sus, Parrado. *En manos tuas*... ya me entiendes y quédate á Dios, que me voy á comer, que estoy cansado.

(Váse Natera.)

PARRADO.—¿Hay en el mundo cosa que allegue á ésta? ¡Jesús, Jesús! ¡Oh, maldito seas amor que tales obras haces! ¡Quién creyera tal cosa de mi amo! Pero esto no es amor sino locura, porque, ¿cómo es posible que no tenga asco el amo de entrar en una posada tan sucia y llena de gargajos y mil enfermedades y unturas? Sea lo que fuere yo ya me tengo un sayo y mal me andarán las manos si no saco también capa; y para esto quiero ir con toda diligencia á buscar á mi amigo, para que mediante su arte yo saque una capa de mi amo que es otra cosa sobre sí.

FIN DEL ACTO I

ACTO II

(ALARCÓN SOLO.)

Verdaderamente yo traigo la más desesperada y desasosegada vida del mundo. ¡Qué cierto estará quejarme yo agora del amor y fortuna como otros tan ciegos como yo sulen hacer! Pero, con toda esta ceguedad, veo una cosa y creo que es para mí mismo condenación; porque veo que he dejado el sagrado estudio cuyos principios y medios míos eran por todos celebrados, y no vuelvo á él. Véome desterrado de mi patria, y no codicio volver á ella; véome transgresor de los mandamientos de mi padre, y no quiero obedecerle; véome quemar con el inconsiderado fuego que del deseo de Violante sale que me abrasa, y no quiero huir dél. ¿Qué es esto? ¿Soy yo Alarcón? ¡Oh, triste destinación mía!, y en qué estado me has puesto, y privado de mi propia libertad, teniendo preso el libre albedrío, sujeto á una inconsiderada mujer. Y ya que es mujer ¡diz que es donosa! sino que con más facilidad labrarán el diamante con plomo que en su corazón pueda hacer señal alguna todo lo que por ella padezco:

pues mujer es, y no es ésta, es Diana, que su propia constelación y propiedad la reserva de poder ser deseada. ¡Oh, cruelísimo género de tormento cuyos remedios han de ser desesperados! Mas si ley del talión hay en el amor; yo padezco con justa causa y por ella soy punido pagando por donde pequé. Yo estuve el más necio y cruel hombre que jamás se vió, con una doncella, hija de Figueroa, el mayor amigo que mi padre aquí tiene y de quien yo he recibido mill beneficios, que oso afirmar jamás mujer haber querido á hombre con tan verdadera fé, á la cual le pagué este amor con tan gran desagradecimiento. Pero, ¡triste yo, que no era mío, y permanesció tanto esta bestialidad en mí hasta que dí causa que la pobre moza, desesperada y enferma, fingió con su padre que se quería ir á holgar en un monesterio, en el cual, en llegando, acaba sus miserables días!; y no dejo de sospechar ser ella ejecutora de su muerte, y con esta imaginación la traigo cadal día ante los ojos, y no me falta sino que permitan mis hados, lo cual deseo, que contra semejante muerte yo atajase tan desesperada y sin orden vida. Pero ¿quién viene aquí? Quiero callar. Mi Salazarico. El ya se le debe haber quitado el dolor. ¿Dónde vas, Salazarico? ¿Hásete quitado el dolor?

(Sale Salazar.)

SALAZAR.—Antes me aflije tanto que me quita la virtud de poderlo sentir.

ALARCÓN.—Por Dios que me da tanta pena el verte

ansí afligido que ni mi diligencia faltará hasta inquirir entre los médicos algún remedio.

SALAZAR.—En vano lo procurará V. md.

ALARCÓN.—¿Y por qué en vano?

SALAZAR—Yo le daré razén, sino que no la tiene. Los días pasados, puesto que no quise decir cosa alguna, me mordió un alacrán en el pecho, y aquella ponzoña me penetró hasta el corazón, que ansí como entró lo sentí pasar, y luego me curé por consejo de un buen médico, el cual reparó que luego yo no muriese, pero para quitarme el dolor no bastó, y díjome este mismo que jamás sanaría deste mal si no me sucediese una cosa, la cual me paresce imposible, y es que me viniese á la mano el mismo que me hirió é hizo la llaga, al cual, poniéndolo sobre ella, me podría librar de tan áspero dolor.

ALARCÓN.—Es gran verdad que el alacrán tiene esa propiedad, que consigo trae el dolor y el remedio: mas con todo eso, ¿es posible que no haya otros muchos remedios? ¡Pluguiese á Dios que ansí se pudiese curar mi mal como tu dolor!

SALAZAR.—¿Y qué mal es el de V. md. sino de amor?

ALARCÓN.—¿Y paréscete pequeño ese mal? Bien debes de saber qué dolor causa el amor.

SALAZAR.—¡Sea maldito el amor! ¡Ay! que no sé qué me digo: ¡ay! que me muero: ¡ay, de mí! Ayúdeme V. md.

ALARCÓN.—¡Oh, válame Dios! ¿Por qué te saliste de casa estando desa manera?

SALAZAR.—¡Ay, señor! que es tan fiera mi pasión que en ninguna parte hallaré lugar.

ALARCÓN.—Vuélvete á casa, te digo, y ten cuidado de tí y no salgas fuera, que yo iré luego allá y enviaré por algunos médicos que te hagan algún remedio.

SALAZAR.—No hay otro remedio para mí mejor que V. md.

ALARCÓN.—Qué dices?

SALAZAR.—Digo que el médico podrá venir para el mal de V. md.

ALARCÓN.—Mi mal es incurable.

SALAZAR.—Pues el mío fácil de curar queriendo vuesa merced.

ALARCÓN.—¿Cómo es eso, que puedo yo hacer?

SALAZAR.—Dejar de amar á quien le aborreee, y querer á quien le adora.

ALARCÓN.—Yo no sé quien me adora á mí, para dejar de amar á Violante; porque, puesto que ella hace una netomía en mí tan sin razón como se ve, impo sible es ya dejar de quererla; porque te afirmo, y no lo tengas por burla, que si de aquí á prolijos años visitasen mi sepultura, hallarían en todos mis huesos esculpidos su efigie y nombre. Pues mira si será en mi mano dejar de amarla.

SALAZAR.—¡Ay, señor! que rabio del dolor que siento en este pecho.

ALARCÓN.—Vete á casa; no seas pesado. Quítate deste aire frío.

SALAZAR.—Ningún frío siento jamás, sino dentro del pecho una ardiente hornaza.

ALARCÓN.—Anda; corre; vete á casa.

SALAZAR.—Ya voy, señor.

ALARCÓN.—Verdaderamente cruel dolor debe ser el deste muchacho, que así lo trae atónito. Creo que el veneno del mismo alacrán le debe haber penetrado adentro, y no debe haber sido bien curado, y esto debe causar este tormento.

(Sale Parrado.)

PARRADO.—¡Oh, mi señor Alarcón! Beso las manos de V. md.

ALARCÓN.—¡Oh, hermano Parrado! yo os beso las vuestras. Podré decir: pues Mahoma no quiere ir al otero, vaya el otero á Mahoma.

PARRADO.—Certifico á V. md. que he ido á su posada, y por no hallarlo en ella he venido por aquí, no á otra cosa que á buscarlo.

ALARCÓN.—Yo lo creo en verdad; pero, ¿qué hay de nuevo que me pueda dar algún contento?

PARRADO.—Señor Alarcón, yo soy hombre de verdad y que no tengo de decir otra cosa. Con la señora Violante no se puede hablar jamás de los negocios de V. md.; porque, por Dios, que esta mañana la encontré en el patio, y entre burlas y juego, como yo me burlo algunas veces con ella, la dije de pasada: ¡Ay, cruel!, ¿por qué dejas morir á Alarcón que te adora? Se paró como una víbora, con más colores que un tomate, y me amenazó que si otra vez toviese semejante atrevimiento que lo diría á su madre y haría que me echasen con el diablo de casa.

ALARCÓN.—Decid, Parrado mío, ¿qué me aconsejais, que hago, y..... Porque os certifico que ando sin sentido, pues en todo sigo vuestro parecer. ¡Oh, Dios! ¿Y no la podría yo hablar una sola vez? Porque yo os afirmo que, aunque después muriese, me ternía por bien satisfecho de todo lo que padezco.

PARRADO.—Hasta eso, señor Alarcón, si en sólo esto pone su felicidad, yo daría orden en ello cuando otros remedios faltase; porque una noche en que yo viese comodidad aparejadamente en casa, abra vuesa merced y llegará á su aposento, y entre las puertas le podrá hablar queriendo ella escuchar á vuesa merced, lo cual creo que por fuerza hará, porque ella es avisada por todo extremo. Viendo á vuesa merced ya en casa, por menos mal y peligro de su fama escogerá el hablarle que no alterarse y descubrir á V. md., para que su honra se ponga en concejo; pero mucho holgaría que primero la inviase una carta y viésemos de que manera la toma y se mueve con ella. Y por ningún respeto deje V. md. de hacerlo: lo uno, porque las palabras blandas y amorosas tienen propiamente, como V. md. mejor sabe, una fuerza intensa para mover cualquier ánimo de mujer, por casta que sea y sembrar arma en sus pensamientos; y lo otro, rescibiéndola, ó no, por aquello que se seguirá de aquí, podrá regirse muy bien vuesa merced para lo que sobre ello debe hacer.

ALARCÓN.—Muy bien estoy, hermano, con lo que me habeis dicho, lo cual haré con todo lo demás

que á vos os pareciere. Pero no querría que se dilatase.

PARRADO.—Hoy me paresce tiempo muy oportuno para enviarle la carta; porque no ha de estar su madre en casa, que va á ver una cuñada suya que está á la muerte.

ALARCÓN.—Está muy bien. Yo os enviaré luego la carta con Salazar.

PARRADO.—Pues bien, señor; ¿y qué he yo de hacer de la carta?

ALARCÓN.—Lo que habeis dicho que será bien hacer.

PARRADO.—Por mill respectos no me conviene á mí llevarla. Búsquese otro remedio.

ALARCÓN.—¿Qué medio?, ¿cómo haremos?

PARRADO.—¿No la llevará Salazar, pues entra y cadal día en su casa, y está con Violante, y sé yo que ella lo quiere mucho?

ALARCÓN.—No creo que lo hará bien, que es un rapaz tan entonado que hasta agora he podido negociar con él que le diga sola una palabra de mi parte, porque se afrenta y hace otras niñerías, y salta luego en aconsejarme que la deje, pues no me quiere, diciéndome mill enxemplos y disparates en todo su seso; y enciéndese tanto en esto hasta que viene á llorar de lástima de verme ansí; y esto cáusalo ser él pecador bobillo, y quiéreme bien, y es tan bisoñuelo como no ha servido á naide.

PARRADO.—Otra cosa he pensado. ¿Conoce vuesa merced un vecino suyo que vive en casa de unos

açecanes á las espaldas de su posada, que trae nna çinfonia y un perrillo que baila?

ALARCÓN.—Muchas veces le he visto, mas no sé á dònde vive. Mas, ¿por qué lo decís?

PARRADO.—Por que hago saber á V. md. que este lo hará maravillosamente á trueque de un real de á cuatro, porque entrará en casa sin sospecha alguna, porque el Sr. Natera, mi amo, toma gran gusto de la çinfonia y perrillo, y tiene casi por honra que venga cadal día á casa á darle música; y también huelga la señora Violante y su madre, porque siempre trae mil brinquiños con que las engaña, y en oyendo la çinfonia luego abren la puerta y lo hacen entrar y lo resciben con más solenidad que si él fuese el asistente.

ALARCÓN.—No me paresce bien eso; así porque no tengo con él conocimiento alguno como porque no es justo que se le fíe una cosa en que tanto me va.

PARRADO.—¡Oh, señor Alarcón! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡ha! ¡ha! !ha!

ALARCÓN.—¿De qué os reis, Parrado?

PARRADO.—De la cosa más graciosa del mundo y de que más gustará V. md. No sé como se me había olvidado.

ALARCÓN.—¿Pues no me decís qué cosa es, Parrado?

PARRADO—No piense V. md. que es de tan poca solenidad. Que el asno de mi amo Natera está enamorado de Salazar, su paje de V. md.

ALARCÓN.—¿De Salazarico?

PARRADO.—De Salazarico.

ALARCÓN.—Válalo (1) el diablo. Debe tener gana que lo quemen.

PARRADO.—En eso está el negocio. Tiene creido que es mujer, y jurado y afirmado por tal.

ALARCÓN.—Pues de dónde le nasció conjeturar tal disparate?

PARRADO.—No sé, por Dios, sino que desde el primer día que él entró en casa para dar á la señora Violante unas liciones en el clavicordio se enamoró dél y dice que verdaderamente es mujer, y que la conosce en la habla y movimiento de los ojos, y que cada vez que comienza á andar mueve primero el pie izquierdo y otras mil conjeturas, que es para finar de risa, y ha andado (2) en esto el rapaz tan avisado que le ha dicho que es verdad que es mujer y que por solo poderlo ver bien anda puesta como hombre, por respeto que cuando viniere á su casa su mujer no sospeche algo. Y con esto el negro viejo está derretido y dalle mil collaciones y pasan sobre (ello) mill donaires para reir.

ALARCÓN.—¡Ha, ha, ha! ¿Háse oido jamás tal invención? No tenía yo por tan avisado á Salazar.

PARRADO.—Pues oiga V. md. que él no es venido y mi negro amo se ha descubierto á mí y yo le he hecho entender que entiendo en el negocio yo, y los he revuelto diciendo que (á) Salazara, como él la

(1) En el original dice: Valo.
(2) El original dice: ya andando.

llama, le han dicho dél grandes anales, con lo cual está para morir. Y tengo ordenado que baile hoy delante della con unos çarafuelles para excusarse de cierto crimen que se le opuso, que tenía gota y era potroso, hablando con reverencia; y él, de desesperado, me ha mandado buscar un nigromántico que aquí está, que es el mayor charlatán del mundo, para que lo haga invisible y ansí haber á su Salazara; y quiere primero que entienda ella cuán injustamente le pusieron aquellos defectos. Y tengo hecho entender á mi amo que después que hoy haga la fiesta ¡qué tal será ella! á su Salazara, que tengo acordado con el mágico que lo haga invisible y dé orden como pueda tener en sus brazos á sus amores, aunque no quiera, lo cual tiene él tan creido como yo que es bestia; y ansí espero reir un poco. Pero en todo caso no se olvidc V. md. hoy de enviar la carta y haga á Salazar que la lleve, que si él quiere, con mucha facilidad la puede dar á Violante.

ALARCÓN.—Bien me paresce. Yo voy á escribir, aunque tengo entendido que este muchacho no hará cosa buena.

PARRADO.—Cuando él no lo hiciere como queremos, yo conozco una vieja que dará quince y falta á la madre Celestina; que es ladina y sabe más ruindades que cuatro mill diablos, que por dos reales corromperá la más sincera castidad del mundo y venderá por casto y loable al adulterio, segùn tiene la retórica; y yo haré que tome á su cargo este negocio.

ALARCÓN.—Menos es de fiar desa tal que tiene eso por oficio, y será ocasión para que Violante se disfame; por lo cual yo quiero hacer lo que está acordado, é ir luego á escribir la carta, que se me hace tarde y luego la enviaré con Salazar.

(Vase.)

PARRADO.—Por Dios, hablando sin llsonja, que yo deseo hacer cualquiera cosa por Alarcón, que es un honrado caballero y harto liberal, y á quien soy en cargo de muchas cosas que me ha dado, que si no fuera por él me hobiera comido bichos; y á fé que no le falte de lo que le he prometido. ¡Oh!, aquí viene el señor Ramón de la Campaña, el negro apezador de mi amor. Y él algunos huevecitos debe traer en aquella cesta á su ama. ¡Mal pecado! que estos son como los frailes que dan un limón porque les envíen un par de perdices. Y á este propósito decía muy bien mi amo, el doctor tapia, que no había cosa más cara que el par de pollos del aldeano. ¿Dó bueno, hermano Ramón?

RAMÓN.—¡Ah, Parrado! ¿aquí estais? ¿Cómo voy? ¿Cómo está mi amo?

PARRADO.—Yo no estoy de otra manera de como me veis. Nuestro amo debe estar sentado ó levantado.

RAMÓN.—¡Mirá donde le acudió! No pensando yo sino como está de salude.

PARRADO.—Muy bueno, aunque no muy ligero de sus piernas.

RAMÓN.—Su daño. Mas decidme, hermano mío, ¿está López en casa?

PARPADO.—¿López en casa? ¡Cómo es agora tiempo de vendimias que es menester estar López en casa!

RAMÓN.—¡Por Dios! No me quiero tomar á palabras con vos, que sabeis muchas teologías. Adiós que me vo á casa.

PARRADO. — Espera un poco, hermano Ramón. ¿Para quién llevais esos huevos?

RAMÓN.—Para vuestra ama y para su hija, porque les saben bien las torrijas.

PARRADO.—¿Y esos rábanos para quien son? Hallaste los mayores.

RAMÓN.—Son para mi López, que los come bien.

PARRADO.—¡Oh, qué hermosos huevos! ¡que tales son para hacer una apuesta! ¿Quereis, Ramón, que la hagamos y perderé yo doblado?

RAMÓN.—¿Y qué es, Parrado?

PARRADO.—Que me escondo un huevo desos en mí y que no lo hallais, ó que lo hallo si lo escondeis en vos; y que perderé yo dos reales si no lo hallare, y perdais vos no más de un huevo.

RAMÓN.—¡Ah, Parrado! No querría que me engañásedes, que sabeis mucho.

PARRADO.—No, á fé, Ramón; que si pierdo he de pagaros luego.

RAMÓN.—¿Y qué habeis de perder vos si no los hallais?

PARRADO.—Yo, dos reales. ¿No lo he dicho?

RAMÓN.—¿De plata dos reales?

PARRADO.—De plata dos reales.

RAMÓN.—¡Adiós! Parrado, que haceis burla.

PARRADO.—No burlo, por vida de cuantos hay en casa.

RAMÓN.—¿Y de López también?

PARRADO.—De López y de chicos y grandes y gatos y perros.

RAMÓN.—Agora yo os creo. ¿Y qué tengo de perder yo?

PARRADO.—¿No digo que no más de un huevo?

RAMÓN.—¡Par Dios, Parrado, que á Dios y á ventura que lo tengo de probar; y aunque gitano me encandiló estotro día y me ganó medio real y tres ochavos!

PARRADO.—Ahora os podreis esquitar, pues aventurais á ganar dos reales y á perder un huevo.

RAMÓN.—Ora, pues, Parrado, jurá que me habeis de pagar.

PARRADO.—¡Que yo os jure mill vece!

RAMÓN.—Ora ¡sus! ¿Qué huevo quereis que esconda Parrado?

PARRADO.—¿Y eso más? ¡Qué! ¿Vos sois el que lo quereis esconder! Quería yo hacerlo.

RAMÓN.—No quiero, Parrado, sino yo; porque ya que pierda perderé un huevo, y quedaré con saber una apuesta. Haceos allá, que no me veais... más allá, señorito, que tantas ruindades sé como vos. Ora ¡sus! ¿Dónde estará bien? Aquí, no, que lo hallará. Pues acá. *(Pónelo en la caperuza y dice:)* Hála, arrado; galgos hay.

PARRADO.—Alzá los brazos. Mirá, Ramón, que no ganareis si no teneis el huevo.

RAMÓN.—Sí, tengo, pardiez; y ahotas que no lo llevareis... ¡Paso!... ¡paso! Parrado; ¡oh, do al diablo la bellaquería y cual heis parado al hombre! Bien decía yo que no me quería tomar con este diablo. ¡Mirá cual está la caperuza! ¡Oh, de hi de p....., bachillerito; yo os cogeré. ¡Qué de ruindades sabeis! Quiero irme agora á casa de mi amo. ¿Quién está á la puerta? ¡Adiós! mi López es. Quiérome limpiar de presto. ¡Oh, dote á huego, pues aunque fueses liga no te pegarías más! ¡Oh, si no fuera cargado qué salto diera á mi López. ¡López! ¡López de mi vida!

(Sale López.)

LÓPEZ.—¡Ah! Ramón. ¿Vos sois?

RAMÓN.—Yo soy, más recio que un toro para vuestro mandado.

LÓPEZ.—¿Cómo está el aldea?

RAMÓN.—Todos están buenos, fuera de mí.

LÓPEZ.—¿Y por qué no vos?

RAMÓN.—¡Ah, López mía! ¿Y para qué es nada déso?: á buen entendedor pocas palabras.

LÓPEZ.—No os entiendo, en verdad. Decildo claro.

RAMÓN.—¡Por vuestro amor, López! ¡por vuestro amor! que os tengo más huerte, que querría estar siempre donde os viese, y como estoy lejos, estoy siempre descontento. ¡Oh, mi López! No digo otra cosa cuando no os veo sino cuando será aquella ora bendita, más dulce para mí que nueces y piño-

nes, ni turrones, en que yo vea esos vuestros ojos más relucientes que un vidrio, y esa cara que parece una flor de Mayo. ¡Oh, mi López! ¡Y cómo me acorta las leguas vuestro deseo cuando vengo acá á veros! Yo vuelo, yo salto, yo corro, yo camino como un milano. ¡Ay, López!: cuando me acuerdo de vos siento tanto pracer en los tuétauos que el corazón se me derrite y me crece la carne tres libras, con una melodía que propiamente paresce que me desciende del meollo hasta los zancajos. ¡Oh, quién abrazase á mi López!

López.—Está quedo, asno. ¿No lo veis que bien sabe requebrarse?

Ramón.—¡Oh, mi López! Toma estos rabanicos que os traigo. Escogedlos para vos.

López.—¿Para mí, Ramón? Debístelos escoger para vuestra Antona, porque me dicen que andais muerto en el lugar dando música con una guitarra toda la noche haciendo el ruinseñor.

Ramón.—¿Qué diabro de autona?; ¡oh, mi López, más cruel que una mosca, más rabiosa que un lobo! Vos me decís todo eso por me hacer rabiar. ¿Nunca me dareis un día de contento, traidora mía, ojitos de cuentas de ambar. ¡Qué cachazas debeis tener!

López.—¡Bueno está el asno! ¿Y qué contento queríades que os diese?

Ramón.—¿Qué, mi López? Que me diésedes la mano de casaros conmigo, que yo os digo que haríamos una garrida semejadura de hijos grandes como doñetos; que yo tengo tan buena hacienda que

no hay en todo el llugar hombre compromido de alhajas de casa como yo. No me falta otra cosa sino hallar quien me las guarde. Y yo sé, mí López, que vos sois mujer aliviosa, y ansí querría que pruguiese á aquel que está acullá, digo, arriba... bien me entendeis, y después á vos, mi López, que huésedes mi mujer, que bien será, bien guardada.

López.—¿Luego vos, Ramón, no lo haceis por otra cosa? ¿Vuestra hacienda puesta en cobro? Desa manera, hermano, vos podeis tomar mujer á ojos cerrados, que cualquiera os la guardará y os la gobernará.

Ramón.—Yo lo creo; pero vense que unas mejor que otras. ¿Pensais que no lo he oido en la *Doncella Teodor* que tiene el barbero?

López.—Vos os engañais. Todas son hechas de una manera y de una naturaleza, y todas de un concierto; y quien otra cosa dijere creé, por Dios, que se engaña.

Ramón..—Señora López; yo no quiero otra mujer sino á vos.

López.—Pues, señor Ramón, ¿y si yo no os quiero á vos? Que si á vos os falta concierto en vuestra hacienda, á mi no me falta hacienda que concierte.

Ramón.—¡Ah, López, López! Vos quereis hacer que yo me muera.

López.—Por Dios, Ramón; vos os podeis morir, que no lo sabrá el rey. Y entrémonos acá, que me llaman: no nos oiga nadie.

(Vánse. Sale Salazar.)

SALAZAR.—¡Oh, triste de mí! ¿Y creis que me acordaba donde voy? Pero no me espanto, según estoy. ¡Oh, miserable de mí!, que tanto mi esperanza hallo dudosa, cuánto más veo á mi señor Alarcón cierto en los amores de Violante, y tanto más me aflige su deseo. Y, porque se vean los géneros de inusitados tormentos que el amor usa conmigo, esta es una carta que mi señor me manda que dé á Violante, la cual entiendo que estará llena de amores y de regalos... ¡Oh, cruel destino el mío! ¿Y para cuál estado más doloroso me guardas? Ya has hecho en mí todo lo más último que puedes. ¿Es posible que hay ni puede haber otra cosa mayor que yo padezco, para que guardes mi vida? ¡Oh, desdichada de mí! ¿Qué haré? ¿Es posible que yo pueda ser cruel á mí misma y use contra mí de tan gran traición que yo misma me busque mi muerte? Pues las leyes dicen que disponen que á quien se corta un miembro le den más pena que la que meresciera padescer otro hombre que lo hiciera. Y pues esto es ansí, ¿por qué razón tengo yo de dar la carta á Violante, que por ventura será ocasión de mi muerte? ¿Tengo yo de ser otro Urias? A fé que tal no dé. ¡Pero, triste de mí! ¿Qué dirá mi señor Alarcón si no obedezco lo que él con tanto cuidado me mandó, y por este respeto deja de alcanzar algún contento de lo que él tanto desea? He aquí hago lo que no debo, y me pongo en términos que, sabiéndolo él, me aborrezca de manera que ni con sayo ni con saya me quiera ver, ni aún oirme mentar. ¡Sus!: su-

ceda lo que la fortuna ó amor arbitrare; que yo me determino de dársela; pero yo confitaré con tales palabras las dulzuras que tiene, que le parezcan acíbar. ¡Oh, quién la viese primero! Quiero abrirla. ¡Oh, carta, carta! ¡Quién te pudiera comprar! ¡Cuán bien pagara yo tu porte! Pero, al fin, cada uno nasce con su ventura. ¡Oh, si no se quebrase la nema! Bien está; bien salió; pues el tornarla á cerrar fácil cosa es de hacer. Quiero ver mi desventura. ¡Oh, mi Dios! Dame ánimo para lo poder sufrir.

CARTA

«El clamoroso mal cuando se encubre
mal puede desmentir su propia espía,
porque amor y dolor él se descubre;
paresce ser ansí, señora mía,
pues sola tu crueza ha concertado
en mí tal desconcierto y osadía.
Desconcierto fué haberte deseado,
mas, pues merescí verte, peor fuera
quedar por simple ó bruto condenado.
Si mi distinación quiere que muera
por verte, muy más justa es mi querella,
viendo si no te viera que perdiera
la vida, aunque me es muerte sostenella,
desea á mi (1) si especie de cobarde,
no me induciere á estar mejor sin ella.

(1) Así está en el original, pero no hace sentido.

Y yo que amor permita que me guarde,
este regalo triste es buen testigo,
que ya cualquier merced será muy tarde.
Una sola podrás usar conmigo:
mostrárteme en mi muerte, aunque sea airada.
pues esto se concede al enemigo.
Violante, mi deseo aparejado.....»

¡Oh, dolo al diablo! No la acabaré de leer por cosa del mundo. ¡Jesús! ¡Jesús, qué se me antojó! No, no; no llegaría al cabo viva, si la leo. ¡Ofréscote al diablo por carta cien mil veces! ¿Qué ponzoña pudiera venir en sí tan penetrativa que ansí me traspasara el alma? ¿Qué haré de mí? ¿No será mejor que me mate? Pues, al fin, la muerte es el contento de los tales como yo, que en sola ella consiste su reposo. Mas, al fin, yo me quiero curar como muerta y esperar el último fin de mi fortuna, aunque en mí siempre es una; yo quiero llegar á casa de Natera, que me paresce que abren la puerta.

LÓPEZ.—¡Oh, señor Salazar! Norabuena vengais en buena fé. Señora Violante; Salazar es. Venga acá que quiere entrar.

SALAZAR.—Aquí quiero hablar á la señora Violante.

LÓPEZ. — Qué es esto? ¿Cómo nos habeis olvidado?

SALAZAR.—Señora López, ¿quién no se acuerda de...

(Sale Violante.)

¡Oh, mi señora Violante! Beso las manos de vuesa merced mill veces.

VIOLANTE.—¡Ah, señor Salazar! Vengais enhorabuena. Cubríos, hermano. ¿Qué os habeis hecho?

SALAZAR.—Deshecho dirá V. md., según he estado mal dispuesto.

VIOLANTE.—¿Indispuesto? En verdad, no lo he sabido, que os hobiera inviado á visitar. Bien se os parece en el rostro, que estais descolorido. ¿Estais ya bueno?

SALAZAR.—Algo mejor estoy, señora; aunque siempre mi rostro engaña.

VIOLANTE.—No estareis agora para cantar. A fé que ha sentido vuestro mal mi clavicordio, y que todos os habíamos echado menos. López, por vuestra vida, que le deis algo á Ramón de comer, que creo que está muerto de hambre, y mirá por en casa si está atrancada la puerta falsa.

SALAZAR.—¿No hay nadie en casa?

VIOLANTE.—No, Salazar; que mi madre está en casa de una su cuñada que está enferma. y mi padre anda tan desasosegado estos días que no para en casa.

SALAZAR.—Algún mal de hijada lo debe causar.

VIOLANTE.—Ansi debe ser por cierto, ni más ni menos. Púleseme agora nuevamente, y se puso hoy de unos zarafuelles de tafetán y unos zapatos con mil cochilladas. En eso está el viejo; y estaba hoy con Parrado hablando de danzas y contrapasos, que mal año para un mozo.

SALAZAR.—Harto para ver serìa ese paso. Y dejando esto aparte, mi señora Violante, yo quería que nadie nos oyese.

VIOLANTE.—Negocio debe ser, *anima Christi* (1). Decid lo que quisiéredes, hermano Salazar, que no hay quien nos oiga; que si es algo que yo pueda hacer por vos lo haré con los ojos, pues no ignorais la voluntad que yo y toda esta casa os tienen.

SALAZAR.—Y aun por la obligación en que me han puesto las mercedes que de V. md. y de esta casa he rescibido he querido venir á hablar á V. md. lo que diré.

VIOLANTE.—Decì, hermano Salazar, lo que quisiéredes, que nadie nos oirá.

SALAZAR.—Mi señora Violante, no serán menester corolarjos para significar la voluntad que yo á vuesa merced tengo; pues como dije la debo muchas buenas obras que de V. md. he rescibido y al amor que en V. md. he conoscido; y principalmente se entenderá esto en lo que quiero decir. Ya V. md. sabe como mi fortuna me condenó á ser siervo y que soy paje de Alarcón. un caballero que está aquí, que vuesa merced conosce.

VIOLANTE.—Bien lo conozco de haberlo visto algunas veces. Pero ¿qué quereis decir de Alarcón? ¿Es ese el mensaje?

SALAZAR.—Digo, señora mía, que este caballero estaba estudiando en Osuna. Y suplico á V. md. an-

(1) En el original dice: anima criti.

tes que pase adelante que no me interrumpa mi plática, ni se altere hasta que haya oido; porque no será cosa que dé á V. md. disguto.

VIOLANTE.—Está bien: proseguí.

SALAZAR.—Este caballero, según yo he sabido, vino aquí en unas vacaciones y pudo ver acaso á vuesa merced, y quedó tan doliente de sus amores, que por todas las vías del mundo sé yo que ha procurado servir á V. md. para alcanzar della algún favor, el cual sé yo que de todos sus trabajos y desvaneos no ha sacado de V. md. sino sólo la vista, la cual aun á los enemigos no se puede negar; en lo cual ha dado V. md. verdadera prueba de su cordura. Y mi señor, que por todas partes anda procurando remedios para deshonrarse, con una rabiosa diligencia, supo como yo tenía entrada en esta casa, y con todas la importunación del mundo yncuñtiéndome *(sic)* horrores y amenazas porque le trajese una carta, puesto que yo me excusé y aun aconsejé que se apartase destas liviandades diciéndole la calidad de V. md. y su honestidad, y que se volviese á su estudio; y él está tan obstinado y pertinaz en su propósito, que creo sólo la muerte le ha de interrumpir. Y pues, con decir esto, he cumplido con la fidelidad que debo á mi señor, cuyo pan como agora, quiero ansí mesmo cumplir con la obligación que tengo al amor que V. md. me tiene, en aconsejarle una y dos mill veces que V. md. se guarde de los engaños de los hombres, y qus sepa que todas sus blanduras son zarazas ascondidas en aquellos rega-

los; y aquellas palabras blandas, «ya que sois mi norte, mi vida y mi gloria», y otras mill confitada, heregías con que hacen idolatrar las tristes mujeress son un falso reclamo para meterlas en su engañosa red, y des que allí las tienen sírvense dellas como de un lavadientes. Luego se enfadan y les ponen más dentera que fruta mal sazonada. Y esta es condición general de todos los hombres. Y agora diré la de mi señor en particular, pues el amor que á V. md. tengo me hace no encubrirle nada. Sepa, en mi ánima, que es el hombre más cruel y desamorado, en este caso, de cuantos hay en el mundo; porque ansí Dios cumpla mi deseos y me saque de casas agenas, como yo mismo conoscí una doncella, no la más fea del mundo, que se moría por él y procuraba con la mayor ansia que mujer tuvo de agradarle, y en premio desta su voluntad la aborresció tanto que la pobre moza de desesperada se metió en un monesterio, donde murió en poco tiempo diciendo mill lástimas. Y no se espante V. md. de ver que se me enternescen los ojos, porque como la conoscí, cada vez que me acuerdo della se me quiebra el corazón. Ansí que, señora mía, queda agora por descubrir un grande engaño, y muy peligroso, en el cual dan muchos al través, y es que si queremos decir que se casará con V. md. menos le conviene, porque este es un hombre muy rico y tiene airecillo de caballero, y su calidad y hacienda es dispar de la de V. md.; pues creo que no hay firme matrimonio, ó á lo menos pacífico, donde no entreviene igualdad, porque co-

mido el pan de la boda, alcanzado ya lo que desean y muertos aquellos lascivos fuegos, luego lloran el yerro que han hecho, y ansí no dura la firmeza del amor más que el engaño dél. Y de aquí nasce á los tales aborrescer á sus mujeres y despreciallas, y aun algunos matallas, como habemos visto suceder mil veces. Concluyo, señora, en que esté vuesa merced muy avisada; y esta es la carta, porque yo pueda afirmar con juramento que hice lo que me mandó.

VIOLANTE.—Hermano Salazar; no en vano os tenía yo la voluntad que os tengo; que bien habeis mostrado merescerlo, y aun me dejais en obligación para que toda mi vida os ame como á verdadero hermano; y ansí os ruego que creais esto de mí, y yo os agradezco mucho vuestros avisos y buenas palabras, por ser verdaderas prendas de vuestra amistad y amor que me teneis puesto, que á mi no era menester avisarme, que yo estoy tan escandalizada de las palabras de los hombres, que no sólo me entran por un oido y salen por otro como á algunas mujeres; pero sabé que aun no las dejo entrar y que los cierro como hace el áspide por no oir las palabras del encantador. Y en este propósito estuve siempre firme, y por esta ocasión os ruego que lleveis la carta y digais á vuestro señor que no la quise rescibir, y que le estaría muy mejor volverse á su estudio que andar por aquí disfamándome; pues es cierto, y ansí se lo podeis afirmar, que aunque permanezca en su liviandad mill años, no sacará de mi otro fa-

vor del que hasta aquí ha habido, y antes me provocará á tenerle odio y enemistad, pues él la tiene á mi honra. Y que deje esto ansí, por vuestra vida: y entrémonos y cantaremos y tañeremos (1) un poco, que ya creo que se me ha olvidado aquella villanesca que me mostrábades.

(Entranse.)

NATERA.—¡Oh, cómo se me conciertan mis deseos! Porque Parrado me dijo que mi Salazara había de venir esta tarde á mi casa; y fé que no salga della hasta que yo la desengañe de los testimonios que me han levantado. ¡Válame Dios!: ¿quién canta arriba á la ventana? ¡Oy, oy... y voto á tal, que bien conozco yo aquel chillido que mal año para mil ranas ni ruiseñores! ¿Quién más bienaventurado que yo? Quiero llamar. Ta, ta, ta; tómeles quien quiera; ¿y están todos muertos? ¡ha, ha, ha!

(Párase López á la ventana.)

LÓPEZ.—¿Quién está ahí? Señor es. Ya voy á abrir, señor.

NATERA.—¿López? ¿á López?

LÓPEZ.—¿Qué manda V. md?

NATERA.—¿Quién está en casa cantando?

LÓOEZ.—La señora Violante y Salazar son, que están tañendo y cantando con el clavicordio.

NATERA.—¿Acá está Salazar?

(1) En el original dice: caytañeremos.

LÓPEZ.—Señor, ratillo ha.

NATERA.—Èl esté en la buena hora y en la hora buena. ¡Sus, sus, sus!; baja presto á abrir. Ya me comienzan á hormiguear las piernas. Más liviano me siento que un viento, porque esto Dios se lo quiere.

(Entrase y sale el Nigromante.)

NIGROMANTE.—Basta que yo estaba engañado ciertamente, que al fin todas las mujeres son locas y sacadas por una turquesa y no tiene más una que la otra sino el vestido; porque creía que las mujeres desta ciudad, por ser andaluzas eran más avisadas y recatadas que las de Valencia, á las cuales tenía yo por las más tontas del mundo, según las haeía creer mil desvaríos y les cojía cuanto tenían; y me subcedió una vez quitarse una un su sayuelo de raso que tenía vestido para dármelo porque la dijese que un clérigo que tenía la quería tanto que la había de dejar por su heredera, y era el clérigo sin pelo de barba y ella más vieja que mi madre; y otros cien millares destas. Pero parésceme que estas son peores; porque en el poco tiempo que ha que estoy aquí soy más conoscido dellas que Solimán, que no me dejan rato ni hora. De manera que yo fío en Dios de alzar cabeza en poco tiempo; porque la una quiere que le diga y la otra quiere que le haga y la otra quiere que le enseñe; y como es toda la más gente rica, no están en las miajas conmigo; y, en fin, para esta tierra nascíó mi arte y yo he eucontrado con mi oficio.

(Sale Parrado.)

PARRADO.—Buenos días, señor maestro.

NIGROMANTE.—Buenos los hayais. ¿Qué mandais, señor?

PARRADO.—¿No me conosceis? Yo soy aquél que le hablé de aquella señora que lo andaba á buscar: ¿no se acuerda?

NIGROMANTE.—Muy bien os conozco; y aun antes que asomásedes, de harto lejos os ví de venir por la virtud y suficencia de mi arte.

PARRADO.—¡Par Dios, señor, vos veis más que un lince: nunca ví tan perfecta vista!

NIGROMANTE.—No es esto por el agudeza de la vista sino por la ciencia que yo tengo del arte mágico.

PARRADO.—Hablemos en lo que nos va más. Dígame cómo daremos orden para hacer lo que quiere aquella señora que le dije.

NIGROMANTE.—¿Cómo? Yo la haré ver milagros.

PARRADO.—Yo lo creo por cierto, Pero, decidme, señor maestro, ¿cómo es vuestro nombre?

NIGROMANTE.—¿Para qué lo quereis saber?

PARRADO.—No más de para conosceros por nombre como os conozco por la persona y fama de vuestra ciencia.

NIGROMANTE.—Maestro Gillermo, me llamo.

PARRADO.—¿Vois sois Maestro Guillermo? Abrazaros quiero, ¡por Dios!

NIGROMANTE.—¡Jesús, Jesús!; agora os conozco. ¿No solíades estar vos en casa de aquel médico, mi vecino, en Valencia? Sì, sí, sí: él es, sin duda.

PARRADO.—Yo soy el que decís, que estaba en casa del Doctor Albarracín, á vuestro mandado.

NIGROMANTE.—Y yo estaré siempre al vuestro. Pero, ruégoos, hermano, ¿cómo es vuestro nombre, que no me acuerdo?

PARRADO.—Parrado, á vuestro servicio.

NIGROMANTE.—Al de Dios. Ansí que, hermano Parrado, ruégoos que no me descubrais, ni digais nada de lo que sabeis de mí, ni de que manera hago esta arte, ni lo que me acontesció en Valencia, porque os quedaré en perpetua obligación; que ya veis que el hombre gana de comer como puede para mantenerse por no ir á hurtar.

PARRADO.—Yo os prometo, señor Maestro Guillermo, de guardaros en todo secreto, cuanto más que no es de mi condición ser chismoso en perjuicio de nadie, con tal que vos me ayudeis á haber un poco de pasatiempo con un viejo amo mío, nuevamente enamorado, que es más nescio que sus zapatos y está tan metido que la huerta *(sic)* y tan ciego que, porque el otro día oyó decir no se á quien que por encantamiento pueden hacer á los hombres invisibles, se le ha sentado en la cabeza que ha de hacerse invisible por esta vía, con lo cual habremos harto regocijo; y lo principal con que lo haremos será en sacarle algunos escudos de los muchos que tiene porque á él no acobarda el gastar, porque como está enamorado, no es avariento, como esotros viejos.

NIGROMANTE.—Eso haré yo de muy buena voluntad, aunque no fuere más de por haceros placer.

Ordenaldo vos á vuestro modo, que á todo me hallareis presto.

PARRADO.—Yo quiero ir agora á casa y decir que he hallado al nigromante, que ha dos días que anda tras mí que lo busque que lo hará invisible con una piedra que lleve; que yo he oido decir muchas veces de una piedra que tiene esta virtud.

NIGROMANTE.—Sí, sí. Ylitropia, (1) se llama.

PARRADO.—Yo le diré que os venga á habla para concertarlo y que desta manera alcanzará su ninpha y haremos dél cuanto quisiéremos.

NIGROMANTE.—No dudeis inviármelo acá y déjame hacer á mí; que ya sabeís si me suelo dar buena maña en estos negocios. Sus, yo me voy para esperarlo.

PARRADO.—Vaya con Dios, señor Maestro, que yo también me quiero ir á aderezar mi negro pollo ó gallo clueco, de manera que cuando venga no sea menester más que pelarlo.

NIGROMANTE.—Ansí conviene. Quedáos adiós, señor Parrado.

(Váse.)

PARRADO.—Vaya en buena hora V. md. ¡Voto á tal, maestro Guillermo, que yo os muestre mi mágica de otra maner que pensais! Porque yo quiero ser nigromante para él y tranformarle de hombre en cicrvo, como Acteón. ¡Oh, traidor, qué mujer tiene!

(1) Es la piedra heliotropia, de los alquimistas.

Y viéneseme de perlas haberlo conoscido para poder ir allá y acariciarla y concertar mi negocio. Pero ya es tardecillo; quiero ir á mi casa y hablar á mi amo sobre su elitropia.

(Sale Salazar de casa de Natera.)

SALAZAR.—¡Jesús! ¡Jesús! No he visto en el mundo tan gran desvarío. ¡Admirado estoy! No lo creyera si no lo hobiera visto, aunque un escribano público me lo certificara. ¡Mirá quien ve á Natera con sus canas y su capuz y pantufos y su autoridad! ¿Hase visto tal cosa? Verdaderamente él está loco. ¡Bailar! ¡Jesùs! ¡Jesús! ¡y dar vueltas! Y lo lindo es que no habrá diablo que lo hiciese acabar; como al gaitero del arrabal que le dieron un higo porque tañese y dos porque dejase de tañer. ¡Y qué zapatico acuchillado y calzica! No es posible sino que está sin seso. Verdaderamente yo en mi vida he sufrido tan gran tormento de risa, porque no osaba reirme y finábame. Y lo mejor de ver era su negra hija que lloraba de vergüenza de verlo. Al fin, no hay cosa que ser no pueda sino verme yo contenta. Yo me quiero ir con mi recaudo á mi señor, que he tardado mucho.

FIN DEL ACTO II

ACTO III

Osorio.—¡Oh, fuerzas de nescesidad cómo sois invencibles! porque mientras más vengo á considerar el peligro en que me pongo en sacar á Violante, más deseo tengo de ejecutar aquello que por ventura me causará la muerte ó una perpetua infamia y destruición; porque según tengo entendido y temido, no es posible que Violante, aunque yo entre en su casa como López tiene maneado, que ella me quiera hablar, pues nunca tal cosa he podido alcanzar della; antes la repentina turbación, aunque á su congoja le conviene callar, no le dará lugar á tanta consideración, y dará voces á las cuales no dejará de acudir la vecindad, y quedará sin efecto alguno, y otro peligro de ser preso y afrentado, y aun por ventura castigado capitalmente ó de manera que yo me arrepienta bien de mi inconsiderado deseo, porque verdaderamente vemos siempre tener los vicios tan dichosos fines. ¡Oh, amor, qué cosa no podrás tú hacer! ¡A cuánto se extiende tu dominio! ¿Qué razón se puede oponer á tus lascivos fuegos? ¿Qué pecho,

Pero suplicoos que no me falteis á la merced que me teneis prometida.

López.—No lo dude V. md., que antes me faltará la vida que yo deje de hacer en ello todo lo que en mi fuere, la cual no tengo muy segura haciendo por vuesa merced lo que le prometo de hacer.

Osorio.—No temais, señora mía. Dejá esos vanos miedos, pues ninguno puede saber que vos sabeis desto cosa alguna; cuanto más que si la señora Violante se quiere venir conmigo, os podreis vos salir con ella, y partiré con vos la capa cuando la fortuna no me dejare otra cosa.

López.—Yo beso las manos á V. md. Bien entendido tengo su liberalidad y deso estoy bien satisfecha.

Osorio.—Mi señora López ¿cómo haremos esta noche?

López.—Yo digo á V. md. que aunque la pidiese aposta no pudiera venir noche más apropósito; porque mi señora va fuera á visitar una su cuñada que está á la muerte, y creo que no verná, lo cual es grande alivio quitar de casa tan grande estorbo, porque siempre tiene asida consigo á Violante, como el zapatero judío de Ximena á su mujer, y con esto se podrá efectuar con más facilidad nuestro concierto.

Osorio.—Vos lo decís, señora López, como tan avisada como os hizo Dios, y ansí se haga.

López.—Mire bien V. md. No ha de hacer... escúcheme; no ha de hacer otra cosa sino á las doce,

habiendo primero visto las toallas á la ventana, arrempuje la puerta, la cual, como le dije, estará abierta, y esconderse ha en una saleta que agora sirve de despensa, que está junto al escalera, la cual ansí mismo dejaré abierta, y yo porque duermo en la cámara de Violante, que ya le dije hoy donde era, saldré fuera fingiendo que voy á alguna cosa forzosa, y quedando sola, V. md. se dé buena maña.

OSORIO.—No es menester más, señora mía. Ello está bien concertado. Suplicoos que no me falteis en ninguna cosa. Dios os guíe, porque yo voy á aderezar lo que es menester.

LÓPEZ.—Yo también voy á la lencería. Vea vuesa merced lo que me manda.

(Vanse. Entran Parrado y Natera.)

PARRADO.—No sé, por Dios, si le bastará á vuesa mereed el corazón para estar firme á lo que el nigromántico ha de hacer, que al fin son cosas temerosísimas.

NATERA.—¡Bien estás en el negocio! Mal me conoces, Parrado. Por vida de mi vida te juro que por solo haberla entraría en el infierno, como hizo Orfeo. No sé si oiste una farsa de Aguilera en que se trataba esto la nochebuena en casa del Deán. Pero, dime, por tu vida; ¿es gran hombre este nigromante?

PARRADO.—¡Oh, pese al jarife! ¿Grande hombre dice V. md., como de burla? Sepa que en cuatro palabras hará correr los ríos y estar firmes los

montes y otras cosas maravillosas; y lo menos quél puede hacer es hacer á V. md. invisible.

NATERA.—Grandes cosas me cuentas. Ya me querría ver en ello. Pero ¿no has sabido cuál tengo á Salazara?

PARRADO.—¿Cómo, señor?

NATERA.—Más blanda que un diaquilón.

PARRADO.—¡Oh, qué comparación tan de enfermo! No lo diga V. md. otra vez; suplícoselo, que no es término de enamorado.

NATERA.—Bien dices, Parrado; yo te agradezco el cuidado que en todo tienes de mí. Diré más que una cera; pero también es cosa de difuntos. Oye, oye; como una liga, porque puedes creer que está ya asida.

PARRADO.—Gran copia de vocablos tiene vuesa merced. Mucho tiempo debió estudiar.

NATERA.—¿Estudiar? !Oh! ¡qué luego me dicen eso cuantos me tratan! Y yo rióme, Parrado. Sabe que en mi vida estudié letra, pero sabe que tengo un juicio más delicado y trascendiente que diez escribanos públicos juntos: que no hay cosa que no se me haga facilísima; y porque veas lo que entiendo, yo te quiero decir mill cosas en latín que no las entenderás en toda tu vida, ansí como judicio siste, judicatum solvi, *yonobus, rexde, vendi.* (1)

PARRADO.—No pase más adelante V. md., que no

(1) Así están en el manuscrito estas palabras ininteligibles y seguramente estropeadas por el copista.

entiendo yo esas cosas ran subidas, que es eso echar las margaritas á puercos. Dígame, suplícole, lo de Salacara, que me parece que lo olvidaba ya.

NATERA.—¿Olvidar? ¡Oh, que está atento! Yo cuando fuí hoy á casa y hallé á ella y á Violante cantando y tañendo en el clavicordio y yo entro disimulando y púseme á gesto, y júrote á Dios, Parrado, que me colé muy poco á poco, y comienzo á bailar, que ni quedó esturdión ni pavana, que, mal año para tus mudanzas, que parescía que tenía las piernas hechas de goznes. Verdad es que yo sabía un poquito del rey don Alonso. ¿Y en qué piensas que paró el negocio? Estuve dos horas bailando como un gamo, hasta que las cansé de tañer; y vieras á mi vida asombrada, viniéndole más colores cada mudanza que yo hacía que un palo de las Indias; y todo esto era de asombrada de lo que le habían dicho, viendo tan claramente ser mentira. Yo te digo que estaba fuera de seso y que hay harto poco que hacer con ella en apararla.

PARRADO.—No ha sido mal aviso haberla vuesa merced contentado y satisfecho, que es harto buen escalón para subir á lo que todos deseamos. Y para que haya efecto vamos á casa dese grande hombre mágico y entender hemos en hacer la prueba de lo que me ha dicho que ha de hacer á V. md. invisible.

NATERA.—Vamos.

(Entra Ramón.)

RAMÓN.—Pardiós, que aquel diabro de López no

me quiere epizca bien de cuanto la quiero. No tengo otro remedio sino irme á la plaza y preguntar donde mora el imbaidor, de quien decían hoy mi amo y Parrado, hablando quedito, que por arte del diabro y no sé cómo hace enamorar las mujeres, y dalle he cuanto quijere porque la enamore de mi tan fuerte que no pueda estar en fuego ni en agora ni en otro lugar sin mí. ¡Oh, si ansí fuese! No paro más.

(Vase. Entran Figueroa, el padre de Salazar, y el ama que crió á éste.)

FIGUEROA.—Ama mía, yo he mandado, y ansí se hará, que en mi casa todos os honren y agasajen más que primero, que yo nunca estuve bien con aquel refrán que dicen «muerta la cabra, deshecha la compañía», puesto que haya placido á la divina voluntad ¡ay de mí! ¡qué no lo puedo decir sin lágrimas! llevarme aquella sola hija vuestra y mía tan arrebatadamente, que con tanto regalo criamos, cuya memoria y dolor tengo por imposible poder desechar toda mi vida, y sólo me queda este consuelo de veros, porque me parece que viendo á vos, veo á ella, y ansí me despeno algo, por lo cual yo huelgo mucho que esteis en mi casa, y no hagais caso de lo que dicen esotras amas, porque ellas se irán y vos quedareis. Y no os espante ver todo el mundo lleno de ingratitud, que entre los pocos que hay que tienen memoria de los beneficios recibidos, á Dios gracias, yo soy uno: desto me precié toda mi vida.

AMA.—Dios dé á V. md. el galardón de que tal

obra es digna en este mundo y en el otro; y vuesa merced se consuele, que yo espero en Dios que antes que lo llame lo proveerá de una no pensada alegría.

FIGUEROA.—Haga Dios lo que fuere servido, porque eso es lo mejor y lo que más nos conviene, porque sus secretos son inscrutables y caresce dellos nuestra rusticidad, porque sólo nos queda á nosotros facultad para aprobar sus obras como benditas, buenas y santas. Y más yo os digo, ama, que no la abundante copia de oro que suele ser malo, ídolo de los avarientos é infelices viejos, ni el ver á mi hijo Osorio constituido en grande y felice estado de honra, lo cual suele ser muy agradable espectáculo á los padres, como habemos vido en muchos que no hacen caso de perder la honra y aun el ánima por dejar constituidos á sus hijos en lugares eminentes; ni ninguna otra cosa que en este mundo haya posible que se pueda desear me pueden dar ya consuelo ni placer alguno, pues sola una joya que tenía en quien estaba toda mi esperanza, y de tal proporción y hechura que, si esto puede decir sin arrogancia un padre apasionado por su hija, para sólo su rostro hizo la naturaleza nueva estampa para mostrar en ella lo que podía, verla debajo la tierra, que el verdor y frescura de su juventud, impropio á su pequeño ovillo, cortando la cruel Parca el hilo de su vida con tanta crueldad... (1) Y lo que siento es

(1) Parece que falta algo.

lo que las monjas usaron conmigo, que no solamente me encubrieron su enfermedad, pero ni aun me dijeron su muerte hasta que la tuvieron enterrada: sólo el cual dolor de por sí tiene fuerzas para hacer de mí lo mesmo.

AMA.—Señor mío, V. md. se consuele por amor de Dios. que nunca él faltó jamás á nadie.

FIFUEROA.—Eso sé yo bien, ama; pero soy hombre, y de carne, y soy padre. Pero, déjolo á Dios que lo provea. Y dejando esto, decidme, ama, por vuestra vida, ¿sabreisme decir donde anda enamorado mi hijo Osorio? y de todo lo que acerca desto sabeis ó habeis oido no me encubrais cosa alguna.

AMA.—En mi ánima, señor, que esta es la primera vez que oigo esto, porque la fatiga que traigo no me da lugar para mirar en otra cosa; pero no lo crea vuesa merced.

FIGUEROA.—¿Cómo no lo crea? ¿Entendeis que me fundara yo á decir esto livianamente? Y os digo que un eiego lo vea en las pocas veces que está en casa, y las que está siempre con mill pensamientos: ya llora, ya ríe sin ningún propósito, ya habla entre sí, y en un momento se torna á poner triste. Y ha dejado de poco tiempo acá la conversación y compañía de algunos virtuosos y bien inclinados mancebos con quien conversaba, de lo cual recibía yo grandísimo contentamiento, y anda agora con otros de quien yo no estoy muy satisfecho. Dios le ponga la mano porque no le inficione alguna mala compañía, de que esta ciudad está bien proveida; porque

más lo querría tener con su hermana y padecer doblada la soledad dellos y llorar su temprana muerte que su viciosa vida.

AMA.—En verdad, señor. yo digo que no sé nada.

FIGUEROA.—Ora ¡sus! vamos á casa. Y vos, ama, por vuestra vida que con toda diligencia entendais luego en mandar aderezar un aposento para un amigo m'o de Granada, que se dice Montalbo, que ya lo habreis visto otras veces en casa, que ha de venir hoy. Y vamos, que no sé quien sale por aquella puerta.

(Vanse.) (Nigromante, Parrado y Natera.)

NIGROMANTE.—No se fatigue V. md., que quien truchas quiere, de mojarse tiene. Invieme otros diez escudos y darle he otra piedra de mayor virtud que no pese tanto, en que esté encerrada toda la virtud desa; pero es muy trabajosa de hacer.

PARRADO.—¡Oh, señor mío! ¿Dónde está? ¿Dónde diablos es ido mi señor? ¡Oh, traidor encantador! ¡Juro á tal que vos debeis de haber hecho que lo lleven por el aire los diablos, y que os tengo de matar ó me habeis de dar cuenta dél!

NATERA.—No, Parrado; está quedo. Aquí estoy, sino que estoy invisible, que la piedra obra.

PARRADO.—Ansí te obrase en la vejiga. No señor, no veo á V. md.

NATERA.—¿Tú no me ves? No me verás, que estoy invisible.

NIGROMANTE.—Deje V. md. la piedra y póngala en

el suelo si quiere que le vea, pues tanto le quiere este su mozo que quiere matar á todo el mundo.

PARRADO.—¡Oh, señor mío! Agora lo veo. ¿Dónde ha estado hasta agora?

NATERA.—Invisibilium, con los ángeles, Parrado. Pero, por tu vida, que tomes esta piedra y te hagas invisible, que lo quiero ver.

NIGROMANTE.—No podrá hacer eso, ni él se hará invisible aunque tome la piedra, porque ella está consagrada en nombre de V. md.; y avísole que no la deje tomar á nadie, porque perderá la virtud que tiene para V. md.

NATERA.—Es gran verdad; que yo he oido decir eso que es ansí.

PARRADO.—¡Ah! señor maestro, ¿tiene otra virtud esta piedra?

NIGROMANTE.—Sí; ¿no ha de tener?

PARRADO.—¿Y qué virtud otra tiene?

NIGROMANTE.—Tiene virtud que da calor al que la lleva, y no sintirá frío aunque sea en medio del invierno.

NATERA.—Es verdad, Parrado; mira como vengo sudando. Pero, tal pesa.

NIGROMANTE.—¿Pues no ve V. md. que tanta virtud no puede estar en cosa pequeña?

NATERA.—Vamos á casa, Parrado; porque allá ordenaremos lo que habemos de hace.

PARRADO.—Váyase V. md. con su electropia, porque va invisible; pero ¿cómo lo puedo yo ver llevando la piedra para ir con él? que yo voy á concertar

sobre el negocio una cosa que importa, que luego volveré; y váyase V. md. por raiz deste muro, que hay menos gente y bestias, porque como va cargado no se podrá desviar fácilmente y podríanle hacer mal; porque los que lo encontraren, no viéndole, mal se podrán apartar.

NATERA.—Muy bien dices. Ayúdame á cargar esta piedra.

PARRADO.—Pláceme, señor. ¡Casus! ¡Sus! ¡Oh, dola al diablo!

NATERA.—Se te lleve, bellaco aterido, que me has quebrado los pies.

NIGROMANTE.—Señor, no tiene culpa el mozo, porque en tocando la piedra á V. md. desaparece, porque se hace invisible, y ansí no puede el mozo atinar á do está V. md. para ponérsela.

NATERA.—¡Oh! dola á las perras, si no es una gran fatiga llevarla. Ya es hecho. Quedaos á Dios, que yo me voy á casa invisible.

PARRADO.—¿Qué os parece, señor maestro, de mi asno, cual lo inviamos cargado? Y os prometo que veo el camino de bolsa abierto de manera que le saquemos hartos ducados; porque verdaderamente no es mezquino de su condición y agora con los amores anda más liberal que un príncipe. Pero, maestro, yo tengo pensado de enhilar otro negocio de que nos aprovechemos, y es decirle que os envíe 25 escudos con que pagueis al espíritu del amor y que le hareis un encantamiento con que su dama venga, aunque no quiera, donde él quisiere, y él me creerá sin nin-

guna duda y hará lo que yo le aconsejare, y nosotros con estos envites le ganaremos el resto.

NIGROMANTE.—¡Oh, Parrado! ¡Voto á tal! que sois el más avisado hombre del mundo, y en todo os hallo delantero, y me ha parescido de perlas lo que decís. Y si quereis para confirmallo en este negocio y atraello para que nos dé más crédito, yo quiero hacer otra cosa; y será no menos graciosa y para gozar; que yo quiero hacer que le hable una calavera de un muerto y que parezca que se mueve y que resuella y le responde á propósito, que yo le haré decir cosas maravillosas.

PARRADO.—Paréceme la mejor cosa del mundo. Y que se haga en todo caso, porque con esto le haremos creer cuanto le dijéremos, y bienaventurados nosotros.

NIGROMANTE.—Pues á mi me conviene mucho con toda diligencia y brevedad buscar una calavera de hombre muerto, porque el más aparejo que para ello es menester yo lo tengo en casa.

PARRADO.—Eso fácilmente lo podreis haber sin mucho trabajo, porque yo os diré donde está una bien cerca de aquí. ¿No sabeis á san Bernaldo?

NIGROMANTE.—Muy bien.

PARRADO.—¿No habeis visto allí junto una cruz como vamos á la huerta del rey?

NIGROMANTE.—Sí; muchas veces.

PARRADO.—Pues al pie della está una calavera de hombre puesta, más limpia que oro, que para el propósito es la mejor del mundo.

NIGROMANTE.—Harto apropósito me parece; pero bien sabeis lo que me sucedió en Valencia, que casi fué por otro tanto, y por esto no querría que me viese alguno de allí de los criados del conde y diese algún aviso, porque estas cosas son muy delicadas, mayormente para hombre cascado, y á trueque de todo el tesoro del Preste Juan no me querría ver en otro embarazo como el pasado, puesto que se hobieron bien conmigo y harto honestamente me penitenciaron.

PARRADO.—Pues para eso, señor maestro, yo os diré un bueno y seguro remedio. Yo tengo una vieja por vecina que se llama Mari Díaz; la mayor roedora de santos del mundo, que no hay día ni noche que no ande estas estaciones del campo hicándose de rodillas en cada parte, y es por allí más conoscida que los guardas. Yo haré que esta os preste su ropa, con la cual podreis ir esta nochecilla y hacer vuestro facto, porque aunque alguno os vea por allí, y aun llegando á la cruz, creyendo ser ella ó otra mujer, hace poco al caso, y ansí muy á vuestro salvo traereis vuestra calavera sin sospecha ni peligro alguno.

NIGROMANTE.—¿Cómo podré yo hacer eso, que no tengo en mi casa ropa semejante á la que puede traer esa vieja?

PARRADO.—No me habeis entendido. Yo os digo que haré que ella os preste su ropa y dejarle heis la vuestra hasta que volvais, y desta manera no faltará nada.

NIGROMANTE.—Ello está muy bien acordado, her-

mano Parrado; no falta agora sino que me abrais esa mano.

PARRADO.—¿Cuál dellas?

NIGROMANTE.—La izquierda.

PARRADO.—¿Quereisme decir algo de la buenaventura?

NIGROMANTE.—No, sino dárosla. Catad ahí la mitad de los 10 escudos que me dió vuestro amo por la elitropia y yo quiero que partamos por medio todo lo que le sacaremos; y esto hago por vos, porque me tengais secreto de lo que me acontesció en Valencia, pues es cosa que por muchos buenos ha acontecido, ni otra cosa alguna de mi arte.

PARRADO.—No es menester encomendarme eso con tanta eficacia tantas veces, porque aunque me diesen diez tormentos no lo diría, cuanto más de mi voluntad. Y la que mostrais conmigo os agradezco, señor maestro, y á fé que no lo perdais. Y de aquí á tres horas halleos yo por aquí, que yo voy á casa á hablar á mi viejo sobre los 25 escudos que vernán del cielo.

NIGROMANTE.—Ansí será sin falta: y yo me me voy también. Adiós, señor Parrado.

(Váse el Nigromante.)

PARRADO.—Bueno la ys mafe *(sic)* que yo ya os tengo metido en la huerta. ¡Cómo por lances forzosos he venido á cuajar lo que deseo hacer! ¿Y no gustais de los apercibimientos que me hace porque no diga que le azotaron, y harto honestamente,

como él dice? Ansí sea su salud. Pero á mi me conviene agora, desque lo invié por la calavera, hablar á su mujer muy disimulado y r evolverla con él de manera que lo salga á acechar, y ansí daré orden á mi encantamiento, que también soy yo mágico. ¡Oh, he aquí á Ramón! ¿Qué es eso, hermano Ramón? ¿De dónde bueno?

RAMÓN.—De la feria, hermano Parrado; y si vos me heciésedes un pracer, yo vos perdonaría cuanto hoy me fecistes; que por Dios que me dejastes la carapuza y mollera dada al diabro toda emprastada.

PARRADO.—Ansí os quedastes vos con saber buena apuesta. Pero ¿qué es lo que quereis, que yo lo haré?

RAMÓN.—Que me mostreis donde mora el embaidor, ó trasgo, ó lo que es, que face enamorar las mulleres de los hombres con encantamentos.

PARRADO.—¿Estais en vuestro seso, Ramón? ¿Y para que quereis vos agora encantamentos, ni al embaidor?

RAMÓN.—Para que haga enamorarse una moza.

PARRADO.—¿Y de quién?

RAMÓN.—De mí ¡pese al turco! Parrado, Parrado, quedito: López.

PARRADO.—Está bien. ¿Y teneis dineros que darle?

RAMÓN.—No faltará la merced de Dios, que agora vendí un puerco por tres ducados.

PARRADO.—Basta eso. Vamos, que yo hablaré al embaidor, que es mi amigo, que los embairá y hará lo que quisiéredes.

RAMÓN.—Parrado, toda mi vida os echaré mill bendiciones.

PARRADO.—Pues no es menester más. Espérame en casa, que luego seré allá. que voy en busca de nuestro amo.

(Vánse. Sale Natera con la piedra.)

NATERA.—Nunca pensé que tal trabajo era ir invisible, que en dos calles que he andado he descansado cuatro veces y vengo muerto, y no dudo sino que todavía porfío de llegar á mi casa que será menester á medio camino llevarme á mi. Pero ¡do al diablo! cuya es tal pesa. Ella de sí es pesada, y más mill encantamentos que tiene dentro: ¡mirá quien se ha de valer con ella! ¡Oh! aquí viene Parrado en mi busca. Yo le quiero hacer una burla, porque yo estoy bien seguro que él me vea. Quiero tomar la piedra.

PARRADO.—¡Jesús! ¿Quién diablos me dió? ¡Verbum caro! ¡Jesús! ¡Justo Juez! No es posible sino que aquel traidor de nigromático ha inviado algunos espíritus tras mí que me asombren, porque siento que me dan golpes y no veo quien. Otra vez á la gu.ª *(sic)*. ¡Juro á Dios, diablo ó lo que sois, que me lo habeis de pagar!

NATERA.—Está quedo, Parrado; está quedo.

PARRADO.—Conjúrote, espíritu malo, que me digas quien eres, pues sabes mi nombre, y qué me quieres y porqué me has hecho mal, sino á fé que yo os haga decirlo. Esperá.

NATERA.—Está quedo, diablo Parrado, que yo soy

tu amo Natera, que estoy invisible; que estoy burlando contigo.

PARRADO.—¡Oh, dó al diablo! Déjese V. md. desas burlas, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo, que pensé que era alguna fantasma.

NATERA.—¿No me ves, Parrado?

PARRADO.—¡Cómo tengo de ver á vuesa merced si está invisible? Deje la piedra, si quiere que le vea. Agora sí, señor mío, que en mirando á V. md. lo veo.

NATERA.—Malas gracias hayas; que me diste dos mojicones cuando pensabas que era estantigua.

PARRADO.—¡Oh! pese al amor, señor, que me estaba finando; que ya creí que había de cena legua y medta desa parte del infierno que es la venta de Bernaldino. En mi vida hobe tanto miedo. Pero vuesa merced, ¿cómo ha andado tan poco?

NATERA.—Porque pesa ese diablo desa piedra más que plomo, que yo te juro á Dios que me trae quebrados los hombros que mal año para penitente.

PARRADO.—Cosa recia es esa. ¿No sabe V. md. qué quedé considerando desque vi venir á V. md. tan fatigado?: ¿que cómo es posible que, puesto caso que entre en casa de Salazar y en su cámara y aun en su cama sin que nadie lo vea, llevando la piedra, cómo podrá hacer della á su voluntad, ni retozarla con esa cruz á cuestas? Porque, aun así no se puede casi mover trayéndola, cuanto menos lo podrá hacer andando envuelto con ella. Pues en dexándola, lue-

go es V. md. visto y podrá haber algún escándalo, porque estas doncellas son zahareñas, en el cual no querría ver á V. md. por todo el Pirú.

NATERA.—Yo te digo, Parrado, que lo has considerado avisadamente. ¿No nos daría este máxico otro remedio que no fuese tan trabajoso?

PARRADO.—Eso quedé tratando con él, porque me dió tanta lástima y congoja de ver á V. md. cuan corriendo iba con su elitropia, que le procuré sacar del cuerpo á aquel traidor algún secreto de los muchos que tiene embuchados y, apretándole sobre ésto, me dijo que él no tenía culpa en lo de la piedra, porque diz que no había pedido V. md. otra cosa sino que lo hiciese invisible.

NATERA.—Es verdad; pero no pensé yo que era cosa de tanto trabajo. Pero, dí, Parrado: ¿no ternemos otro remedio?

PARRADO.—Sí, señor; escuche V. md. Él quedó conmigo que si le invia V. md. luego 25 escudos en oro, con que paguen al espíritu del amor, de hacer que esta noche lleve á su Salazara á estar en los brazos de V. md., aunque no quiera, para que haga della á su modo; bien me entiende.

NATERA.—¿En mis brazos?

PARRADO.—En sus brazos. No es menester más; él dice que lo hará ó perderá la cabeza, y yo lo creo, según es hábil.

NATERA.—¡Oh, bienaventurado yo si tal es verdad! ¿Crees tú, Parrado, que lo hará?

PARRADO.—¡Mirá si lo creo! Ya no hay cosa que

me diga éste sapientísimo hombre de que dude desque ví cuán presto hizo á V. md. invisible.

NATERA.—Pues si ansí es, vamos á casa y llévale luego los 25 escudos, no quede por eso y ordénelo luego. Pero, ¿qué haremos de la piedra?

PARRADO.—Déjela ahí V. md.

NATERA.—¿Y si la hurtan, Parrado?

PARRADO.—¿Y de quién la ha de hurtar no sabiendo la virtud que tiene?

NATERA.—Bien dices; arrimémosla allí y yo te prometo de hacerte gracia della si haces que el máxico cumpla lo prometido, con que jures que no usarás mal della.

(Vánse. Salen Alarcón y Salazar.)

ALARCÓN.—No dejo de entender yo, Salazar, que mi padre tiene la mayor razón del mundo y la pasión que tengo no me ha privado tanto la razón para que dexe de ver la que mi padre tiene y cuanto se congoxa en saber que he perdido el tiempo sin producir el fruto que de las sacras letras se suele sacar, y él, con tan alegre esperanza esperaba de mí. Todo lo veo, Salazar; todo lo entiendo; mas, ¿qué puede hacer contra el amor quien jamás se pudo oponer contra él ni forzalle su fuerza?

SALAZAR.—¡Ay, señor mío, que quien ama lo honesto hace fuerza al amor!

ALARCÓN,—No creo yo ser cosa deshonesta amar yo á mi Violante.

SALAZAR.—¿Parécele á V. md. honesto no obedecer á su viejo y honrado padre?

ALARCÓN.—La fuerza no se subjecta á la razón.

SALAZAR.—No se hace la fuerza á aquel que estando en su libertad le avisan y muestran el lazo.

ALARCÓN.—¡Oh, Salazar; cuán grandísima ganancia se me puso delante los ojos el día que sin poderme un momento defender me sentí enlazar de aquellos bellísimos ojos de quien el sol tiene envidia!

SALAZAR.—Señor mío, ese fué engaño y no fuerza.

ALARCÓN.—Antes fué fuerza del tal engaño.

SALAZAR.—¿Quién le hizo ese engaño?

ALARCÓN.—Mi Violante en compañía del amor.

SALAZAR.—¿No sabía yo quien es ese amor y su propiedad? Suplico á V. md. me lo diga.

ALARCÓN.—En donosa hondura te metes. Lo que dél se me acuerda que dicen te diré en dos palabras. Dice Ovidio en su *Arte amandi. Res est sollicita plena timoris amor.* Dice que es una cosa llena de temor solícito. Otros dicen que es un no sé qué, que se engendra no sé como y viene por no sé cuando: yo ansí lo creo, los cuales andan tan desatinados como yo; y otros afirman con algunos doctores sagrados ansí como Santo Tomás. que es temor y gozo y tristezas y alegría y dolor, no esencialmente sino casual; pero si quieres mi voto yo te digo que es una cosa harto desesperada.

SALAZAR.—Espere V. md., no pase más adelante. Luego si es casual muy bien te puede forçar y vencer el libre albedrío; pero mi señor que no sé lo que me digo sino que me duele el ánima ver á vuesa merced con tan adiente amor.

ALARCÓN.—Y ¿qué provecho ni daño te puede á ti venir dello?

SALAZAR.—¿Qué provecho ni daño dice vuesa merced? Sepa que un daño grandísimo.

ALARDÓN.—¿Cómo ansí?

SALAZAR.—Yo se lo daré á entender á V. md. Si se dexase destos amores tan sin fructo, yo tenía esperança de seguir el estudio, el qual la envidiosa muerte que muy presto que me quitó á mi padre, y la dura pobreza me impiden de proseguirlo; y entiendo que estando V. md. libre se volvería á su estudio como es gran razón y estudiando V. md. haría yo lo mismo, lo cual de otra manera no se puede hazer: vea V. md. si tengo razón de maldecir al amor.

ALARCÓN.—Calla, Salazar, que algún día amanescerá para mi que Dios hará merced. Pero no sé que me haga si mi padre viene, el qual, según me escriben que ha que partió de Granada, no es posible sino que esté aquí.

SALAZAR.—Pues ¿cómo había de estar aquí no sabiéndolo V. md? ¿había de posar en otra parte sino en casa?

ALARCÓN.—Antes sé yo que ha de venir á posar en casa de un Figueroa, grande amigo suyo, que vive á Santandrés: no sé si lo conosces.

SALAZAR.—Sí, señor; que no quisiera.

ALARCÓN.—¿Por qué Salazar?

SALAZAR.—Porque también fué grandísimo amigo de mi padre, y me vido él muchas veces en otro hábito del que no tengo agora.

ALARCÓN.—Cosas de fortuna. Vete á casa y si acaso fuere Parrado allá dile que me espere que luego soy allá.

SALAZAR.—Ya voy, señor.

ALARCÓN.—Verdaderamente no es vida la que está colgada de tan flaca esperanza como la mía y que quien la tiene, que no llore duelos agenos. Yo estoy admirado como puede ser largo un mal tan desesperado y agudo que no se acabe ó me acabe; y más con lo que agora me sobreviene con la venida de mi padre porque no sé que me haga. Ir con él es dexar la vida: dexarlo de hacer es dejar la honra y aún perder el ánima pues no le obedezco. Yo estoy el más perplexo hombre del mundo; no sé que diga; yo quiero ir á informarme si es venido, y si no es venido yo quiero determinarme con la ayuda de Parrado del qual prendaré de hacer esta noche un hecho del diablo, porque cuando venga mi padre tenga harto más que hacer en el aplacarlo que en reprenderme.

(Váse.)

PARRADO.—¡Por las virtudes del Arca de Noé! Entre mí propio ando finándome de risa de qual tengo de poner á mi negro mágico y en qué ha de parar nuestra negra amistad y concierto. Yo he ya hablado con Maridíaz, mi vecina, para que le preste su hábito para con que vaya por su calaberna *(sic)* y haré que mi amo esté esperando allí á su Salazara; y antes de pasar la mejor fiesta del mundo. No me pesa

sino porque no lo tengo de poder veer, porque con el hábito doctoral de mi señor maestro, que me tengo de poner la tengo de cargar la cabeza, digo, para que todo venga á propósito y será la más graciosa burla del mundo que, por Dios, se pueda hacer della una comedia. ¡Sus yo voy!

(Sale Natera.)

NATERA.—¿Parrado: ah Parrado?

PARRADO.—¿Quién me llama por acá? ¡Oh! ¿vuesa merced es? Agora estaba pensando en él. Todo está ya concertado. Espéreme V. md. en casa que voy á casa del nigromante á decirle que se de priesa y que comiençe luego los encantamentos; porque vuesa merced está aparejado, y que me avise lo que se ha de hacer, y también que me dé cierto aparejo de una media carátula encantada que me ha de dar porque esta noche se concluya este negocio.

NATERA.—Ve, por tu vida, hermano, que cada día se me hace mill, hasta que vea en mis brazos á mi vida y mi ánima; mi perla, mi joya, mi consuelo, mi riqueza, mi alegría, mi tristeza, mi todo. Mira, Parrado, qué presteza de lengua y qué abundancia de vocablos.

PARRADO.—No es posible, señor, sino que vuesa merced está espiritado del amor, el qual le mueve la lengua.

NATERA.—Siempre tuve yo grande elegancia y presteza; pero no niego que agora tenga más per-

fectión: pero vé, por tu vida, y no tardes que yo me voy á casa á esperarte.

PARRADO.—Las costillas me duelen ya de risa de ver mi negro enamorado y en pensar en que han de parar sus amores. Esta es la casa del maestro: quiero llamar: *Tha. Tha. Tha.*

NIGROMANTE.—¡Oh, hermano Parrado!: más ha de dos horas que os espero, para saber lo que se ha de hacer ó lo que teneis concertado.

PARRADO.—No ando en balde, que ya tengo concertado con la vieja que os de el hábito.

NIGROMANTE.—Está bien: ¿dónde mora?

PARRADO.—Yo os lo diré. ¿No sabeis á cal de las Armas?

NIGROMANTE.—Muy bien.

PARRADO.—¿Sabeis una calle angosta que está allí, cabe la puerta de Goles, antes que llegueis á los Cabestreros que va á salir derecha al Carmen?

NIGROMANTE.—Bien la sé.

PARRADO.—Pues á la mano derecha como entrais á la tercera casa que tiene encima de la puerta una cruz de azulejos; no la podeis errar: id luego allá y decilde que vos sois el de quien le habló Parrado; que vais á hacer una buena obra, que os dé su ropa, que ella lo hará con que le dexeis la vuestra. Id, luego, señor, que se va haciendo hora, y aun haciendo oro, porque cada paso nos ha de valer un escudo.

NIGROMANTE.—Está muy bien: no espero más: yo voy y vos ¿do vais?

PARRADO.—A mi posada, que me espera mi negro amo, al qual he hecho entender lo que hoy concertamos. ¡Oh, maestro, y qué le habemos de cojer de escudos si vos le haceis hablar con la calaberna en la manera que decís!

NIGROMANTE.—Yo lo haré lo más fácilmente del mundo, y hélo hecho mil veces. Verlo heis y, voto á tal, que con saber la burla, que os espanteis, según está perfecto, que hará picar á Malgesí; y yo fío que no haya persona tan recatada que no se engañe.

PARRADO.—¡Sus! idos ya, señor maestro; no perdamos tiempo.

NIGROMANTE.—Adiós, que ya voy.

PARRADO.—Andá en buen hora, marido señor, antes que vengan por vos, como dice el cantar. Quiero llamar á mi posada, que se estará mi amo deshaciendo.

(Llama Parrado á la puerta de su amo Natera.)

NATERA.—Luego ví que no podía ser otro que tú: ¿está todo á punto? ¿es hora que vamos?; porque por Dios, Parrado, que en mi vida he estado tan encojido. Bien dicen que el que espera desespera.

PARRADO.—¿Pues agora se me pone de espada vuesa merced? ¿para qué diablos la quiere?

NATERA.—Para algo que pueda suceder; y aun yo le prometo, Parrado, que no tienes tú tantos reales quantos moros ella ha muerto. Esta fué de Albar Sánchez Natera, mi abuelo, y después de mi padre y agora es mía; y no tengo otro dolor sino no tener

hijos á quien dejarla. ¿Piensas que trabajó el Gran Capitán poco por coherla á mi padre? Mira que filos.

PARRADO.—No esté V. md. desesperado de tener hijos á quien dejar su espada; que lo que falte en la señora, su muger, podrá ser que lo enmiende y remedie la señora Salazara, que disposición tiene para todo sino está el defecto en V. md.

NATERA.—Plega á Dios, Parrado, que todo sea para su servicio que harto lo deseo.

PARRADO.—Dexe V. md. la espada, que no se podrá hacer cosa buena teniéndola consigo, que tiene cruz, y quite esos fandularios y póngaseme en calzas y en jubón y bien aderezado, no lo desechen por llevar hábito nupcial que lo estorbe.

NATERA.—Bien me dices, Parrado; espérame aquí que yo lo haré.

PARRADO.—A fé de hombre de bien que estoy espantado como puedo sufrir la risa considerando la negra maraña que tengo ordenada ha de ser la mejor burla del mundo; que bien digo que se puede hacer della una farsa, que quien lo oyere pensará que es conseja. Hi, hi, hi, no me puedo tener de risa.

NATERA.—Cátame aquí, Parrado: ¿parécete que estoy apuesto?

PARRADO.—Sí, en buena fé, señor; y aún va vuesa merced más disimulado, que no lo conoscerá la madre que lo pario. ¡Mirá como le está la marquesota: veinte años le quita de edad!

NATERA.—No soy tan viejo como piensas; pero ¿dónde vamos?

PARRADO.—Aquí, señor mío; aquí es lugar donde ha de esperar sus amores, porque á este lugar tiene acordado que la traiga el espíritu del amor.

NATERA.—Y ¿por qué cabe esta cruz?

PARRADO.—Ese es el primor: porque como el espíritu la traiga hasta aquí, viendo de súpito la cruz y que este lugar es sagrado dexarla ha, y salga V. md. luego de presto y cójala no se le vaya; y, entre que viene, siéntese que le tengo de poner este semifaz que me dió el mágico.

NATERA.—¡Oh, dola al diablo!; y ¿con ese gesto me ha de ver Salazara?: pues eso bastaba para huir de mí. Tírala allá que no me porné tal cosa.

PARRADO.—¿Agora me sale con eso V. md? Parece que quiere desconcertar lo que con tanto trabajo habemos concertado por su seguridad: á mí no se me da nada, bien nos podemos volver.

NATERA.—Ven acá. Pues dime: ¿para qué puede servir esa media carátula?

PARRADO.—Bien parece que sabe V. md. poco del arte de nigromancia; yo le diré para qué. Esta viene encantada de manera que qualquier espíritu que viniere con el del amor, porque nunca anda solo por ser tan principal hombre, y acaso viere ansí á vuesa merced, le parecerá verdaderamente que es de los de su compañía; y ansí sin tardar más ni hacer ni decir ninguna cosa se irá y quedará V. md.; y no piense que ha de parescer ansí á su Salazara, como parezca ante sus ojos; lo juzgará por el más hermoso hombre del mundo; por eso le hizo el maeso que se

hiciese la barba á la marquesota, que le está de perlas; y advierta que en aplacando á Salazara se la quite en todo caso y la deje dentro del cerco. Siénteseme y estese quedo.

NATERA.—¡Hu, hu, hu!

PARRADO.—¿Qué cosa es esa?: parece que está temblando de miedo.

NATERA.—No, Parrado; pero hame venido un erizamiento y gana de no sé qué, como estó azorado, y un corazón me dice que quede y otro que huya: para qué es sino decir la verdad?

PARRADO.—Pues, ¡cuerpo de tal! teniendo vuesa merced dos corazones, ¿está temiendo? ¿qué hiciera si V. md. tuviera uno? ¿paréscele si Salazara supiese esto?

NATERA.—Anda, Parrado, que estoy burlando: ya tú lo creías, nescio. Aquí esperaré toda la noche si fuere menester.

PARRADO.—Eso sí, señor mío; V. md. se me esté quedo y tenga aviso que verná Salazara vestida en su propio hábito de muger y en llegando aquí, que el espíritu la dexare, salga de presto y cójala y abrácemela y bésemela y enamóremela y no digo más porque ella viene toda de V. md. y quédese con Dios.

NATERA.—Ve con Dios, Parrado. ¡Ah, Parrado! mira que si tardare mucho que nos traigas de comer.

PARRADO.—Sí haré, señor; agora yo tengo puesto á punto mi enamorado, quiero ir á casa del nigromante y decirle á su mujer como anda perdido y que iba esta noche á verse con una moza que lo es-

pera y diréle en que parte y de ahí irme he luego á casa de Maridíaz y tomaré la ropa doctoral y ella pensando que soy su marido seguirme ha y podremos hacer algo de bueno. Aquí creo que es; quiero llamar. Tha, tha, tha.

(Sale Pérez, mujer del Nigromante.)

PÉREZ.—¿Quién está ahí?

PARRADO.—Servidor de V. md.

PÉREZ.—¿Quién es?

PARRADO.—Mi señora: ¿está acá su merced?

PÉREZ.—No, señor.

PARRADO.—¿Dónde es ido? ¡Oh, traidor, que tal mujer tiene y no la conosce y anda perdido. *(ap.)*

PÉREZ.—No sé, en verdad, señor. Dos día ha que nunca para en casa.

PARRADO.—¿No para en casa? Pues en buena fe no sé donde se pueda él mejorar; pero al fin condición es de los hombres.

PÉREZ.—¿Qué dice, Señor?

PARRADO.—No digo nada, señora. ¡Oh, perdido; qué pago le da!; y ¡voto á Dios! más vale un pie della que su cara: mira con quien se va.

PÉREZ.—Señor, dígame V. md., por su vida, con quién se va mi marido.

PARRADO.—No digo yo tal cosa, señora; que no es de mi condición revolver á nadie; pero digo que aunque no tuviese en tan poco lo que tiene en su casa no perdería nada. Yo me voy, perdone vuesa merced.

PÉREZ.—¿Señor, ah señor?: espere V. md., por su vida, que bajo: mire que le quiero decir.

PARRADO.—¡Voto á tal, que ya comienza á caer! ella caerá de espaldas.

PÉREZ.—Señor, lléguese acá V. md.: mire...

PARRADO.—¿Qué manda, V. md?

PÉREZ.—Señor mío: por vida de la cosa que más quiere y ansí Dios le haga el más dichoso del mundo que me diga en qué anda mi marido, que yo sé que V. md. lo sabe, y también lo sé yo; sino que no conozco la persona; que á fe de mujer de bien que le tenga todo secreto.

PARRADO.—Que no sé nada en verdad: ¿para qué es nada deso?

PÉREZ.—Señor mío, hágame V. md. esta merced, por amor de Dios.

PARRADO.—Que no sé cosa alguna, y es el señor maestro mi gran amigo y quiero V. md. lo sepa de otro y no de mí, porque no se quexe.

PÉREZ.—Señor, óigame: plega á Dios que á sus manos muera yo de malas puñaladas si cosa alguna le digo: hágalo V. md. por amor de Dios, siquiera porque soy mujer y estoy en tierra ajena; y no se me ha de ir de aquí hasta que me lo diga.

PARRADO.—Por Dios, que por una parte la amistad del señor maestro me impide y por otra la lástima que tengo de V. md. me fuerza; pero con todo esto si V. md. me jura de no hacer más en ello de lo que yo le dixere y aconsejare, yo le descubriré el secreto y concierto desta noche.

PÉREZ.—¿Concierto hay esta noche, señor? ¿cómo me lo daba á mí el alma? ¡Oh traidor, falso á tus juramentos!

PARRADO.—Por demás es pensar que V. md. callará ni terná sufrimiento para ello. Yo no me quiero entremeter entre marido y muger.

PÉREZ.—Señor mío, venga acá; no me haga salir ansí á la calle. ¡Para esta cruz sino que yo me vea la más amarga mujer del mundo si en ello hiciere más de lo que V. md. me dixere! ¿está contento?

PARRADO.—Yo creo á V. md., y ansí lo hará como avisada y aun porque ansí le conviene hacer eso. Sepa que él anda muerto por una mozuela: vive en Cantarranas, criada de un procurador: una pellejuela que no vale sus orejas llenas de agua y hale dado hoy cinco ducados.

PÉREZ.—Sí, por los sanctos de Dios, que es la mayor verdad del mundo; que traía hoy diez escudos en un pañizuelo y esta noche no me dió á guardar más de los cinco; no es menester más.

PARRADO.—Pues óigame: el flete del día quede esta noche, porque tienen concertado que él la espere á las diez cabe el adarve y allí ha de venir ella no sé para qué; ya V. md. me entiende. Y mire si es la dama astuta que primero jugó del adelantado.

PÉREZ.—¡Oh, traidor, enemigo: qué pago me das por hacerte hombre, y mirá con quien! Por Dios, señor; si fuera una mujer de mejor arte que yo, no lo tuviera en nada; pero por una moza de servicio

dexarme á mí y gastar su hazienda no me lo puede sufrir el corazón, que rabio.

PARRADO.—Óigame. Lo que conviene á V. md. es que de aquí á una hora tome su manto y váyase por donde digo y estélo esperando por allí; que, á fe, que no tarde él mucho según andaba negociado; porque la otra no ha de venir hasta más de las diez que dexe sosegada su casa. Y él pensará que es vuesa merced la dama y, en todo caso, tenga cuidado de cumplir lo que me ha jurado de no descubrirse, sino disimular con él, porque como hace tan obscuro no la conoscerá. Y porque no pueda negar su delito, á lo mejor de la fiesta, le corte un pedazo de la toba como David hizo á Saul, y desque venga á casa déle la cena que merezca. Y tórnola á apercibir que mire lo que ha jurado, que no dirá nada de mí porque en mi vida le diré otra cosa.

PÉREZ.—Por Dios, señor Parrado, V. md. ha echado el mayor cargo del mundo y ansí lo haré; y, á fe, yo cumpla lo prometido y no quería saber más, y no me tenga por mujer si el traidor no me lo pagare. Y V. md. me perdone que quiero llamar quien quede guardando mi aposento. ¿Tal pasa en el mundo?

PARRADO.—Beso las manos de V. md.

(Entra el Nigromante vestido como mujer.)

NIGROMANTE. — Bien está. Perfecta hora es para efectuar lo concertado. No creo que ninguno me podrá ver; por aquí tengo de ir por mi calaverna ó añagaza que ha de ser para hacer caer con la moneda

á este viejo caliente y aun al otro bachillerejo de su criado, que cree que tengo de partir con él lo que yo mediante mi habilidad sacare: no me tengais por hombre sino sé la carga; porque, según yo voy entendiendo, el negocio me ha de rentar buen dinero. ¿Pues de dónde le debo yo al letradillo, que con sus manos lavadas, y aun harto sucias las tiene, que se lleve la mitad y còma mi sudor? Cerca estoy: aquella es la cruz donde está la calaverna: menester es que yo abra bien los ojos, no me vea ninguno. Paréceme que temo y no sé de qué, pues no parece nadie: quiero llegar.

(Sale Natera, que estaba escondido.)

NATERA.—Mi vida: serafín mío: ¿y es posible que tengo en mis brazos mi ánima?

NIGROMANTE.—¡Ay de mí, Jesús, Jesús! mentem santam *(sic)*.

NATERA.—No pienses que te me has ir, mi vida.

NIGROMANTE.—¡Conjúrote, diablo. Cata la cruz: *verbuncarum* (1). Jesús que me fino!

NATERA.—Está queda, mi ánima: no te vayas, por la virtud de aquél que aquí te ha traido para que haga de tí todo lo que quisiere; y yo quiero tenerte en mis brazos.

NIGROMANTE.—¡Jesucristo, que me fino! Déjame, diablo, que no soy yo Nigromante ni sé nada. ¡Cata la cruz!... *(Huye.)*

---

(1) Corruptela intencionada de *verbum caro*.

NATERA.—¡Ay, ánima mía, y vos teme ¡oh, desdichado de mí, como se me fué! Verdaderamente que á aquel Nigromante se le debió de olvidar algo en el conjuro, salvo si no le hizo por sacarme otros 25 escudos porque me la torne á traer, que estos traidores son ansí. ¡Oh, cómo con el temor, tenía mi vida la voz ronca! ¡Oh, qué enherizado estoy!; y parece que me tiemblan las piernas: quiero irme pues no tengo que esperar. Quiérome quitar este diablo de carátula, que creo que esta fué parte para asombralla, pues me decía diablo.

(Sale Parrado vestido con la ropa del mágico.)

PARRADO.—Por aquí ha de venir la dona de mi negro amigo: quiera Dios no haya venido. No, no paresce: quiero esconderme por aquí y acechar; y, en viéndola venir, hacer que vengo de lejos y que paso hacia el adarve. Pero un bulto veo: ella es... muger es sin duda, quiero esconderme aquí detrás. ¡Cuán rabiosa anda la dama de celos y de quien... mirá si me tardara más!

(Entra la mujer del Nigromante y dice.)

PÉREZ.—*(Ap.)* ¡Ay traidor! ¿ese es el pago que me habíades de dar por hacer por vos más que mujer hizo por hombre? Malvado: ¿pensábades engañarme como á cien mil mugeres que traeis embaucadas al cabo de vuestra vejez? Hele: él es, sin duda.

(Sale Parrado y pasa de largo.)

Este es que viene aquí. El mismo es: mirá si se le

cuece el pan al namoradico; y ¡qué aguijar lleva no le hurten su pieza! ¡Sus!: yo quiero ir tras dél. A fé, que yo os haga que os amarguen los amores.

(Entra Alarcón.)

ALARCÓN.—Agora acabo de entender que soy el más desgraciado hombre que naturaleza produció y que sólo nasci para que la fortuna se desenfadase conmigo haciendo mil juegos y monerías. Véase la razón que tengo y cuán con ella me quejo, pues al fin de veinte meses que estaba preñado mi negro concierto acomodándolo con tanta pesadumbre y cuidados, viene á parir hija. Y ¡qué hija tan gustosa para mí ha sido la venida de mi padre! Porque ya sé que ha venido y con tanta cólera que, las espuelas calzadas, anda con su huésped buscándome. Para que se vea el disponer de los hombres, no siéndoles propicia la fortuna. Verdaderamente yo estoy atajado, porque en manera alguna no puedo dejar de ir con mi viejo padre, so pena de ser el más maldito hombre del mundo, y que con más razón me maldiga y desherede. ¡Oh, presuroso hado mío, y no te detuvieras un día siquiera, porque entretanto yo efectuara mi agradable concierto. Pero podría yo por mí, con más razón, decir lo que uno dixo por sí: «Nunca cosa que quise jamás la ví ni hallé y lo que no deseé que luego no se hiziese». ¡Oh, Violante: y cuánta vida me diera no haber vos nascido! ¡Oh, si entre tanta perplexidad me diese algún alivio mi fortuna!; porque este que aquí viene es un gran mágico

que dicen que es aquí venido; y si pudiese negociar con él, á trueque de lo que él quisiere y á mi fuese posible, que está noche por virtud de su arte me la sacase de su casa y á mí y á ella nos pusiese en Granada, ó en otra parte; porque me dicen que lo que menos puede hacer es esto. Pero para mí le faltará la ciencia y perderán las palabras su efecto, si no, verse ha. Buenas noches, famosísimo hombre, cuya sciencia tiene admirado al mundo.

(Vuelve Parrado con el vestido del Nigromante.)

PARRADO.—*Hic, glac bonec.*

ALARCÓN.—No entiendo esa lengua; por nuestra fe, señor mío, me hableis en otra, que carezco de la lengua tudesca.

PARRADO.—*No flot, bom perlepar.*

ALARCÓN.—Tampoco entiendo la francesa porque me desbaraban aquellos diphtongos. Suplícoos me hableis en latín pues hombre tan sciente de necesidad la sabrá y os me descubrais, que goce de vuestra persona.

PARRADO.—¡Oh, mi señor Alarcón!: agora me entenderá V. md., que aunque no soy tan sciente como V. md. piensa, pero esta vez yo he sabido harto más que él.

ALARCÓN.—¡Voto á tal, Parrado! ¡Jesús! ¿dónde, diablos, vais con ese hábito?

PARRADO.—¡Ha, ha, ha! He hecho al negro mágico la más donosa burla del mundo; que se finará de risa si la oye.

ALARCÓN.—Decímela por vuestra fe, que me fino por saberla.

PARRADO.—Venga V. md., que voy depriesa á dejar este hábito, que por el camino se la contaré.

(Sale la Muger del mágico.)

PÉREZ.—Ansí, señor maestro, ansí se engañan los sabios. Mudito se hacía el señor maestre Guillermo: debía de ser de gravedad, de ser la primera vez que estaba con su dama. Y ¡qué regocijado landre: por Dios no quisiera sino con estas tijeras con que le corté esta tira metérselas por aquel cuerpo! Pero con todo eso era la más linda cosa del mundo, callar él y callar yo, y casi hablarnos por señas, como mudos. Quiero entrarme en casa antes que venga y, á fe, que yo le dé tal cena que quede harto para hartos días.

(Éntrase. Salen Montalbo, padre de Alarcón y Figueroa padre de Salazar.)

MONTALBO.—Basta, señor Figueroa, que no paresce nuestro galán; no es mucho, según él anda á mi obediencia, que entendida por él mi venida se haya ascondido ó ido, por no verme, como el Rey don Sancho el Bravo al rey don Alonso su padre; pero, á fe, que, aunque no soy rey, que no diga yo lo que él dixo quán caro me cuesta el amor que le tengo. Porque aunque soy un hombrecillo, yo soy rey de mí propio para reprimir semejantes pasiones y esto que he hecho de venirlo á buscar ha sido más para

cumplir con mi consciencia que con los estímulos del amor que le tengo, que muchas veces estuve para dexarlo de hacer.

FIGUEROA.—Señor Montalbo: de ley divina somos obligados con todo cuidado á procurar de enderezar á nuestro próximo como dice el Evangelio á la oveja perdida quánto más á nuestros hijos; y V. md. al señor Alarcón, que es hijo y otro V. md. y á mí, la charidad ha de proceder por los más conjuntos.

MONTALBO.—Bien está. Pero, señor Figueroa, también vemos en el Evangelio del Hijo pródigo, que su padre no lo fué á buscar sino que lo rescibió con alegría cuando vino, aunque pobre, por venir rico de conoscimientos y arrepentimiento de sus pecados, errores y vicios y pluguiese á Dios que le viese yo este conoscimiento y volverse á Dios y hacer lo que debe á hombre de bien, como yo le oí profesar y blasonar en su tiempo.

UN MOZO.—Señor, hacia San Vicente iba mi señor Alarcón agora y uno como letrado, ó no sé qué: iba riéndose, venga V. md. de presto si quisiere alcanzarlo.

MONTALBO.—Riéndos iba; de mí debía de ser, que yo soy tan inconsiderado que vengo á envolverme en sus liviandades. ¡Sus! vamos que V. md. sabrá mejor donde dice ese mozo.

(Vánse y sale el Nigromante con su repe.)

NIGROMANTE.—¡Jhs. pasá yo por tal cosa Jhs. que diga yo que no he habido esta noche el mayor miedo

que en mi vida he pasado, yo mentiría de redondo y no de tirado, porque no se me ha tirado, juro á Dios! Pero yo porné la cabeza sino es esta burla inventada por aquel bachillerejo de Parradillo, que á su propio amo y á mí nos la ha cargado. Sí, sí, ¡voto á Dios!; sino que con el negro miedo y turbación no pude atinar á los amores y dulzuras que me decía; pero, ¿quién había de pensar tal cosa? Estoy muerto; más yo quisiera ver en otro tanto á estos Sansones de ánimo á ver si lo tuvieran como yo lo tuve: no pensé que era para tanto. ¿Ansí, letradillo, palacio teneis conmigo? Bueno está el paso; pues á fe de cristiano que vos me lo pagueis; sino no me tengais por hombre. ¡Oh, bellaco, que diablo se le antojó! Pues, ¡juro á Dios, que le dí cinco escudos hoy de los diez que me dió su amo para la electropia! No sino que el gustó de mi. A mí me conviene disimular con él y dar á entender que no tengo ninguna sospecha dél y ansí podré valerme mejor para satisfacerme deste bellaco. Quiérome ir á casa y limpiarme, porque yo fío que no voy el más oloroso del mundo; y, bien mirado sóbrame razón y aun si otro fuera por ventura no viniera vivo. Mas ¿qué ha de decir mi mujer desque ansí me vea? Diré que tenía cámaras y que no pude desatar las agujetas tan presto como era menester. ¡Tha, tha, tha!: temprano se ha echado.

PÉREZ.—¿Quién está ahí: es el enamorado?

NIGROMANTE.—Abre, señora.

PÉREZ.—Abierto os veais por las espaldas, de ma-

las puñaladas, traidor. ¿Tan presto dejaste la dama? Andá, volvé allá, que os está esperando.

NIGROMANTE.—¡Tómeos el diablo!: ¿estais loca?

PÉREZ.—Más loco estais vos, pues al cabo de vuestra vejez y tiniendo en casa á quien no mereceis descalzar, como dice todo el mundo, andar enamoradico. Y mirá por quién: por la señora moza del procurador. ¿Pensábades traer algún pleito? Tiráosme de ahí, traidor, no me llegueis á esa puerta si no, por el siglo de mi padre, con este ladrillo os hienda la cabeza.

NIGROMANTE.—¡Jesús; Jesús! ¿qué es esto: habeis perdido el seso?

PÉREZ.—Mirá, maestre Guillemo, no penseis que ha de ser lo de hasta aquí que me ha traido como cabeza de lobo, ganando conmigo, hecha añagaza de vuestras charlatanerías que, por el ánima de aquel que me engendró, mañana me vaya al juez de la iglesia para que me aparte de vos. ¿Ansí amancebadito, traidor? Y escuditos os llevó la dama: por eso os quieren ellas.

NIGROMANTE.—¿Estoy soñando ó despierto: qué es esto? ¿qué escudos ó qué diablos?: no me hagais dar voces.

PÉREZ.—No me hagais vos dar gritos, traidor; que apellidaré á Dios y á todo el mundo que vean vuestras maldades y la razón que yo tengo. ¿Y para esto me truxistes á esta tierra? Pues mándoos yo que para esta que Dios aquí me puso que vos me lo pagueis. Hechaldo á doce.

NIGROMANTE.—¡Jesú! ¿qué es lo que decís, muger desconcertada; qué procuradora ó qué diablos decís? Vengo hecho pedazos de un desastre que me ha acontecido y ¿recibísme con esto?

PÉREZ.—¿Y es el desastre que errasteis el tiro? A fe, ¿qué os pareció? ¿es más galana la dama con quien estuvistes, que no la que teneis en casa? ¿es ansí? Yo lo juraré por vos. Pues, traidor, toda es una: que yo soy, que quise ver por mis ojos vuestras maldades: déle Dios salud á quien me avisó.

NIGROMANTE.—Y aún el diablo será ése. ¿Y vos habeis salido de casa esta noche?

PÉREZ.—Sí, traidor: ¿no os lo digo que he visto con estos ojos que ha de comer la tierra vuestras bellaquerías y que yo era la dama con quien estuvistes cabe el muro pensando que eran vuestros amores, la procuradora, que esperábades? Hereje; sin ley; gentílico. Echareis vos agora mil juramentos de los que soleis echar. ¡Oh, hi de p... Juana, y quién no le cortara un pedazo de la lóba! Mirá, traidor, si es ese pedazo de vuestra loba. Más abajo; medildo. ¿Santiguaisos, ángel: estais contento? Pues no me llegueis más á esa puerta sino, por Dios que me crió, con un asador os traspaso el cuerpo.

NIGROMANTE.—¿No os digo yo como dixo el gallego que donde el diablo no ha podido meter la cabeza ha metido el rabo? Ansí, señora, que habeis sido novia, y ¿cuántas veces?

PÉREZ.—¡Andá, traidor; desvergonzado; que eso

vos lo sabeis! ¿Pensais que estoy para donaires? Como Dios es verdad que nos ha de juzgar: ios de ahí que amanescerá y medraremos y vos vereis en qué para el negocio; y no penseis que os tengo de abrir ni escuchar. Idos con vuestra dama que, á fe, que os está esperando.

(Cierra la puerta.)

NIGROMANTE.—¿Qué es esto? ¿Soy yo maestre Guillermo? Por Dios que con poco trabajo me hagan creer que soy otro: ¡juro á tal! pues lo he visto notoriamente. ¡Oh, perro enemigo!: ¿no mirais que obras me ha hecho? Ansí, bachillerejo, yo muera en poder de justicia; si aunque sepa que otro día me han de ahorcar si no os saco el ánima de una estocada aunque os tome durmiendo. ¡Mirá si el diablo ordenara más marañas! A fe, que ha días que trae el traidor tramado este negocio. Pues vos me la pagareis, sino que me tenga por el más vil hombre del mundo. Y esta triste de mujer no tiene culpa: quiero disimular con ella pues no merece nada pues aquel traidor la engañó con mis ropas. No le quiero mostrar camino por donde se vaya, según soy desdichado. ¡Oh, perro traidor!; ya lo habrá dicho por ahí, por donde no me conviene parescer entre gentes. No es menester más: yo voy á pedir prestada una espada y hacer como hombre, aunque algo me consuela no entender el engaño mi mujer.

FIN DEL ACTO III

ACTO IV

MONTALBO Y FIGUEROA

MONTALBO.— Paréceme, señor Figueroa, que se podrá decir por nosotros que es perdído quien tras perdido anda; esto es burla verdaderamente, porque no es posible que este mozo ignore mi venida. ¡Tan presto se ha cegado! Yo estoy admirado de ver semejantes mudanzas en él y, pues el negocio llega á esconderse, no pueden, á mi cuenta, dexar de ser asperísimos los fines.

FIGUEROA.— Mi señor Montalvo, no se congoje V. md. con conjecturas, que muy fácilmente se podrá ver lo contrario y quedarse ha V. md. con haber padescido ese desgusto; y creo que lo causa tenerlo ya V. md. estragado en este negocio y obran en nosotros muchas cosas conforme á la imaginación con que las tomamos. Y crea V. md. que no es solo en padescer semejantes fatigas; porque le certifico que estoy en la misma confusión puesto, á causa que mi hijo Osorio anda tan distraído como el señor Alar-

cón, que ni parece en casa noche ni día, perdido de tan mala manera que Dios le ponga remedio.

MONTALBO.—Prometo á V. md. que estoy con la mayor fatiga del mundo con este mozo; porque no querría que se me desvergonzase á no querer ir conmigo; que ni miraría que es mi hijo, porque aunque es legítimo, no es heredero de mis propiedades: que muy de otra manera serví y obedescí yo á mi padre que el hace á mí. Pero señor, ¿no sabríamos quién es esta su dama?; porque no es posible sino que él anda por allá; y si en alguna parte él ha de parescer es allí; porque, como dice el refrán, «las paredes de mi amiga»: y digo á V. md. de verdad, que deseo ver esta merdosa que ansí ha tomado piedra *(sic)* á este mozo.

FIGUEROA.—Señor Montalbo: vea V. md. esta plaga, cuál viene mi hijo: visto nos ha; disimule vuesa merced; mire qué traxe de hombre de bien. ¿Qué es esto, Osorio?; ¿dónde bueno? ¿á tal hora andan los hijos de los hombres honrados y con tal hábito que parece que contrahaceis á Centurio?

OSORIO.—Señor, de la posada vengo y en ella supe como V. md. y el señor Montalvo habian salido depriesa, y yo vengo con la misma á buscar á vuestras mercedes para acompañarlos.

FIGUEROA.—¡Ay hijo, hijo! si tuviésedes tan quitadas las ocasiones de vuestras culpas como hallais aparejadas las disculpas ni yo estaría quejoso ni vos culpado; pero, para mí *nichil ocultum.*

MONTALBO.—No más agora, señor Figueroa, que

yo holgara que en ese caso hiciéramos ferias de nuestras congojas y dígame V. md., señor Osorio, ¿ha visto á Alarcón?

OSORIO.—No, en verdad, señor; pero todas las más de las noches lo veo por San Llorente, hacia la Calderería, que no se puede errar.

MONTALBO.—Mejor sería que no puediese errar.

OSORIO.—Y si V. md. es servido, yo iré con toda diligencia á buscallo y por ventura lo hallaré con más presteza.

MONTALBO.—Recibiré en ello gran merced; y si acaso V. md. lo hallare primero que nosotros llévelo á la posada, porque allá nos iremos con él ó sin él.

FIGUEROA.—Anda, haz lo que el señor Montalvo te manda.

OSORIO.—Ya voy, señor.

FIGUEROA.—Yo certifico á V. md. que no pudiera recibir mayor merced de V. md. Osorio que descubrirle ocasión para que de entre las manos se nos fuera, porque no sé si miró en ello que se estaba deshaciendo con el mayor desasosiego del mundo. ¡Oh mozos, si con sola la edad no os desculpásedes qué sería de vuestros yerros!

UN MOZO.—Señor, señor; este que viene aquí es page del señor Alarcón: de él podrá V. md. saber donde está.

FIGUEROA.—Corre, ve tú, llámalo.

MOZO.—¿Ah, señor page? ¿ah page?

SALAZAR.—¿A mí?

MOZO.—Sí, que os llama un caballero.

SALAZAR.—¿Qué manda V. md?

MONTALBO.—¿Con quién vivís?

SALAZAR.—Con Hernando de Alarcón, mi señor.

MONTALBO.—Y ¿ha muchos días que estais con él?

SALAZAR.—No, señor; pero ¿á qué efecto me lo pregunta V. md?

MONTALBO.—No sin propósito, hijo, me opongo en esta causa, porque me va en ello no poco interese, porque soy su padre.

SALAZAR.—¿V. md. es mi señor Montalbo?

MONTALBO.—Hijo, si yo soy.

SALAZAR.—Suplico á V. md. me la haga de darme las manos, como al que tiene el mayor deseo del mundo de servirle, démelas V. md.: suplícoselo.

MONTALBO.—Levantaos, hijo, no haré. Levantaos, levantaos; y pluguiere á Dios que ese conoscimiento tuviese vuestro amo. Cubríos, que no creí hallar tanta fe en Israel; pero, decidme: ¿conosciadesme?

SALAZAR.—No más que de oidas; pero deseaba por todo extremo poder ver á V. md. y servirle; y, por ventura, si recorre la memoria, hallará en algún servicio que yo he hecho á V. md. alguna prenda de la voluntad que le tengo.

MONTALBO.—¡Oh, ya, ya!: no más, hijo mío; ¿vos sois el que me avisastes con la carta que me enviastes de la perdición de este mozo? Abrazaros quiero: y entended que me ha dado gran contento hallaros. Señor Figueroa, téngase V. md. aquí, á... á... ¿cómo es vuestro nombre, señor?

SALAZAR.—Salazar, á servicio de V. md.

MONTALBO.—Yo os lo agradezco, Salazar, que á ninguno debo tanto como á vos en este caso; y pluguiera á Dios fuera el amo como el criado, que yo me tuviera por el más dichoso hombre del mundo.

SALAZAR.—Beso las manos de V. md. por tanto favor como me hace.

MONTALBO.—¿Dónde está vuestro amo, hijo: está escondido por no verme?

SALAZAR.—Antes creo que no sabe que V. md. es venido; pero sabe que había de venir.

MONTALBO.—Y ¿por eso anda él por donde no le topemos?

SALAZAR.—No, señor; no tiene él en tan poco la merced que V. md. le hace en venirle á visitar; antes conosce agora su yerro porque entiende la pena que ha dado á V. md. y está muy determinado de sujectarse á todo lo que V. md. de él quisiere ordenar.

MONTALBO.—¿Decislo de veras ó por consolarme? ¿Hareislo vos, hijo, como buen criado que debeis de ser y hijo de buenos padres y decís lo que vuestro amo debía hacer?

SALAZAR.—Yo estoy cierto de que mi señor Alarcón está determinado de obedecer en todo á V. md. y de lo pasado no es tanta su culpa; porque él es mancebo gracioso y gentil hombre, lleno de todas las gracias que naturaleza suele entre muchos repartir, y fué vencido de la hermosura de una doncella que, aunque en linaje no es igual, en todo lo demás es muy señalada. Esta le trae tan desasosegado que, aunque obedeciendo á V. md. dexe esta tierra, no sé si podrá

apartarse della su amor. Sufra V. md. con paciencia los movimientos de un mancebo como él vencido de una grande fuerza como le ha constreñido hasta aquí.

MONTALBO.—Hijo mío; bien le desculpais; pero lo que yo temo de este mozo es que no haga algún desatino, por lo qual viva siempre descontento y yo venga á tal término que ninguna paciencia pueda negociar conmigo para que no le aborrezca de manera que en toda su vida no tenga parte en mi; y á esta causa, holgaría de saber de la calidad ó manera desta muger que ansí lo trae tan distraído para que si llevase algún camino, aunque oviese desproporción, no siendo tanta que pareciese desvarío casarlo con ella; porque con intervenir en ello mi consentimiento y autoridad se saldaría gran parte del yerro y, haciendo lo contrario, no podría parecer bien á mí ni al mundo, aunque fuese muy aventajado casamiento.

SALAZAR.—Mi señor Montalbo, suplico á vuesa merced mire bien este negocio y no se determine fácilmente; porque, aunque yo no tengo voto, pues mi edad y la poca experiencia me lo niega, el amor y fidelidad que á mi señor tengo y debo no me da lugar á que dexe de decir lo que en este caso yo siento; y digo que no es cosa que cumple á la honra de V. md. y de mi señor Alarcón; y si V. md. no recibe pesadumbre yo le diré las causas por las cuales no conviene tal cosa en ninguna manera, como quien tiene noticia de todo lo que en este caso pasa.

MONTALBO.—Por cierto, señor Salazar, vuestra cor-

dura y buen entendimiento suplen la edad y experiencia que os falta; pero, decidme: ella ¿no es hermosa?

SALAZAR.—Sí, señor; y por tanto le venció y le trae tan perdido.

MONTALBO.—¿No es de buen entendimiento?

SALAZAR.—Sí, señor; y muy honesta; pero su linaje es muy desigual del de V. md.; su hacienda no llega con muchos quilates á la de V. md.

MONTALBO.—Todo eso no pesa mucho habiendo en ella las partes que vos habeis afirmado.

SALAZAR.—Señor, es verdad que lo principal es la virtud y buen entendimiento; pero hay otra cosa que para quien es V. md. y lo que debe procurar para mi señor Alarcón, no cumple en ningun manera.

MONTALBO.—Decidme qué es, porque todo lo que habeis dicho más hace en su favor.

SALAZAR.—Yo, señor, he tenido mucha entrada en su casa y mucha comunicación con ella, porque la he enseñado á tañer un poco en la tecla, y tengo entendido que esta doncella es muy perseguida de muchas gentes por ser tan hermosa, y su padre no de mucha suerte y, aunque ella siempre ha tenido mucha constancia en su honestidad, pero, en fin, solo el ver combatida una doncella, basta para quitarle el crédito, á lo menos con la gente vulgar, que fácilmente juzga en semejantes negocios.

MONTALBO.—Hijo, muy bien decís; pero los hombres cuerdos y sabios, por tanto la tendrán en más, cuanto ella siendo más combatida hubiere perseve-

rado en su honestidad, que desa gente vulgar no hagais caso, que nunca acierta en sus juicios.

SALAZAR.—Señor, ¿y si después por algún desastre, ella se descontentase del señor Alarcón? fácil cosa sería hacer un desconcierto viéndose amada de tantos.

MONTALBO.—A ese peligro se ponen todos los que se casan, ansí que, decidme cuya hija es.

SALAZAR.—No lo sabré decir á V. md., ni menos ella, ni ninguno de su casa.

FIGUEROA.—Pues ¡qué! ¿nasció de la tierra, como Antheo?

MONTALBO.—Algún misterio hay; decí, hijo Salazar.

SALAZAR.—Señor, yo diré lo que sé de ello, que me ha afirmado un criado suyo á quien Natera da gran parte de sí, y yo después se lo pregunté á ella, y con callar y hacer que no lo entendía y echarlo en burla para mí, me dió á entender que era verdad, y el negocio es este. Sabrá V. md. que viniendo este Natera de Granada de un negocio, y pasando una noche cabe una heredad, junto al fresno gordo, donde diz que había una hermosa casa, la cual se estaba quemando toda á vivas llamas, y acaso oyó llorar á esta niña, que iba por el campo, la cual dice que podría ser á aquella sazón de hasta dos años; que según parece, debió escapar de aquel incendio, y él como la vido tan bonita y sola, la tomó, y la truxo ascondidamente á su casa, y por carescer de hijos, la crió como á hija y por tal la tiene, y quiere, y ansí por sus buenos respetos, dicen que la ha prohijado;

pero puesto que fuera su hija no hay para que atinar en poder haber aquí medio alguno para con mi señor en este caso, que nada está bien á su honra ni á la de V. md.; porque para amiga viene ancha y para muger muy angosta. ¿De qué se admira V. md.; parécele que tengo razón?

MONTALBO.—¡Oh, admirable cosa! Decidme, hijo de mi ánima, ¿qué edad tiene esa moza?

SALAZAR.—Ella me ha afirmado que es de 18 años: más ¿qué la aprovecha, si le faltan 18 quilates para llegar al valor de mi señor?

MONTALBO.—¡Oh, Santísimo Dios; cuán profundos son tus secretos; cuán grandes tus obras, cuán admirables tus misterios! Yo te bendigo y te alabo y te adoro; ¡oh, qué gran aventura!

FIGUEROA.—¿Qué es eso, señor Montalbo?

MONTALBO.—¡Oh, mi señor Figueroa! Estoy fuera de mí, considerando como nuestro Dios piadosísimo no desampara en la mayor necesidad á aquellos que de corazón se le encomiendan, y en solo él ponen su su esperanza; y ansí lo ha hecho él conmigo como padre de piedad; pues viniendo yo á buscar un hijo perdido me ha dado dos cobrados; porque esta moza es verdaderamente mi hija, que yo la perdí en aquel incendio, y creyendo que había perescido en el fuego con otras cinco ó seis personas que allí murieron, entre las cuales peresció el ama que la criaba: desde entonces, hasta agora, siempre la he llorado por muerta.

MONTALBO.—¡Oh, admirable cosa, si tal es verdad!

MONTALBO.—No hay duda en ello señor: téngalo V. md. por ciertísimo.

FIGUEROA.—¡Jesús, Jesús, Jesús! En gran deuda queda V. md. á nuestro Señor, siendo ansí.

MONTALBO.—¡Y cómo que le debo; bendito sea él por todo!; y ya quería ver el fin de este negocio, porque me estoy deshaciendo. Vamos luego allá, andad acá Salazar, guiadnos vos á casa deste hombre donde está mi hija, que bien le puedo llamar por este nombre.

SALAZAR.—Estoy, señor, tan atónito de placer que, por Dios que me hizo, que si crédito se me diese, osaría afirmar que excedo á V. md. y me le aventajo en el placer y gozo que en mi ánima siento, y más por ser yo la ocasión y atalaya que descubrió esta celada; en pago de lo cual, suplico á V. md. me otorgue una que ha de hacer por mí, verificándose este negocio, y saliendo de la manera que V. md. lo afirma; porque esta noche, tengo entendido, que verá V. md. otras cosas de más admiración.

MONTALBO.—Yo os lo otorgo, hijo mío, con toda voluntad; porque antes de agora os lo debo. Sús, vamos.

SALAZAR.—Espere V. md., suplícoselo, que breve será, y es que el señor Figueroa y V. md. han de procurar de hacerme otra, que ella de sí es buena obra; y es, que con todas diligencia y voluntad, han de negociar con un padre mío, de cuya casa yo me salí sin su licencia, que me perdone, y resciba en su gracia, pues tengo una justa desculpa de mi yerro, y

esto hecho, yo pediré á V. md. la segunda merced que me ha prometido.

FIGUEROA.—En verdad, señor Salazar, que eso es lo menos que yo por mi parte pueda hacer por vos, y en ello teneis muy cierta mi voluntad y obra, de hacer en ello cuanto en mí fuere.

SALAZAR.—La palabra tomo á V. md., y le beso por ello mil veces las manos, y vamos luego á mi señor Montalbo. Señor, he aquí mi señor, y el que viene con él es un criado de Natera.

FIGUEROA.—Mi señor Montalbo, suplico á vuesa merced no diga al señor Alarcón cosa que interrumpa nuestro regocijo, pues nuestro señor, lo ha tan bien examinado.

(Entran Alarcón y Parrado,)

ALARCÓN.—Déme V. md. las manos, démelas... No me levantaré de aquí hasta que me las dé.

MONTALBO.—Levantaos, hijo, alzad la cabeza, que yo os perdono vuestros yerros, mediante las mercedes que Dios me ha hecho. ¿Hay tal maravilla en el mundo en encaminarme acá Dios, Jesús, que yerro tan irreparable pudiera deshacer? Basta, hijo; que érades enamorado de vuestra hermana: con eso la queríades tanto.

ALARCÓN.—¡Santa María! ¿qué hermana dice vuesa merced?

MONTALBO.—Vuestra hermana, la que teníamos por muerta en el incendio y tanto tiempo llorada.

ALARCÓN.—¡Jesús, Jesús!: y ¿quién afirmó á vuesa merced tal cosa?

MONTALBO.—No es menester poner duda en ello, que Dios lo ha descubierto sin pensarlo nosotros, como por milagro.

PARRADO.—Señor Alarcón, sepa V. md. que es verdad que no es hija de mi señor, Violante; sino que él la tomó de cabe una casa que se quemaba cerca de Granada, y la ha criado por su hija, que él me lo ha dicho á mí en secreto.

ALARCÓN.—¡Jesús, Jesús! Señor, suplico á vuesa merced que vamos luego á ver esta maravilla; que por esta calle atajaremos la mitad del camino.

MONTALBO.—Sús, vamos.

(Vánse. Entran Osorio y sus compañeros.)

OSORIO.—Ya deben de ser las once, si el Norte no me engaña...; ¿cuántos son hoy del mes?... Creo que hace la media noche hoy... ¿Para qué es otro Norte, si no la señuela de las toallas que veo á la ventana? Sús, señores míos, todo el mundo el ojo, y quédeseme V. md. aquí dentro y, si acaso oviere algún bullicio, no me deje entrar hombre hasta que yo salga.

(Llega á la puerta, ábrela y entra.—Montalbo, Figueroa, Alarcón, Salazar, Parrado y un mozo de Figueroa.)

ALARCÓN.—Esta es la posada: grandes voces suenan.

PARRARO.—¡Voto á Dios, que dicen ¡ladrones! da *(sic)* qué tiempo vernían vuestras mercedes!

(Violante dentro, cabe la ventana.)

VIOLANTE.—Bien me podeis matar, señor Osorio, pero no me movereis de aquí un paso.

(Natera á la ventana.(

NATERA.—¡Aquí, aquí, señores, por amor de Dios, que me sacan por fuerza á mi hija!

PARRADO.—Aquél es mi señor, y quien... (1) mi señor, haga V. md. abrir la puerta. ¡Mueran los traidores!

NATERA.—Rompan vuestras mercedes la puerta, no se vayan. Un hijo de Figueroa es, que me ha quebrantado mi casa, y deshonrado.

FIGUEROA.—¡Mi hijo: Jesús. Jesús! ¿no oye vuesa merced esta trama?

ALARCÓN.—Abrid aquí: tened desta puerta, Parrado: desquiciémosla.

OSORIO.—No hay necesidad de desquicialla, que á ella saldrá quien responda.

FIGUEROA,—¡Oh, traidor! ¿y esas son tus obras? Déxeme V. md. matarlo. ¡Enemigo de Dios, traidor, que no es mi hijo!

VIOLANTE.—Tómenlo, señores, por amor de Dios; que me ha querido matar y llevar por fuerza.

MONTALBO.—¿Hay tal maraña en el mundo? No hayas miedo, hija mía, pues quiso Dios que yo fuese el San Telmo de vuestra tormenta. Quítate acá Alarcón, déjalos ir.

---

(1) Falta algo relativo á Osorio.

NATERA.—Mis señores, préndanmelos por amor de Dios, que me han quebrantado mi casa.

MONTALBO.—Quítate acá, pesado; váyanse. Reposaos, señor mío; que tanto más me va á mí, que á vos en el negocio.

NATERA.—¡Oh, señor, que me tomaron á traición y hay aquí grande engaño. ¡Justicia de Dios!, ¿quién había de pensar tal atrevimiento, habiendo en el pueblo un teniente Alonso Pérez, y en tierra del Rey? Y ¿paréceos, señor Figueroa, qué hijo teneis?; yo, juro á Dios, que no me ha de parar en el mundo.

FIGUEROA.—¡Por Dios, señor Natera, que teneis la mayor razón del mundo y yo daré el cuchillo con que lo maten!

NATERA.—¿El cuchillo?: antes creo, juro á Dios, que venís todos hechos á una; pues yo os prometo que si aquí no me hacen justicia, de no parar hasta los pies del Rey y darle mil gritos. ¿Ansí se hacen las fuerzas agavilladas?

MONTALBO.—Señor Natera, reportaos; que más profundo va el negocio, que ya os he dicho, que más me va á mí que á vos en ello.

NATERA.—¿Cómo más que á mí? Parece que haceis escarnio.

PARRADO.—Señor; suplico á V. md. se desaltere; porque yo vengo con estos señores, que venían á hablar con V. md. un caso admirable que en este punto se descubrió, y es que la señora Violante es hija de este caballero.

NATERA.—¿Qué me dices? ¿cómo su hija?

MONTALBO.—Pues, señor, oidnos y estad atento si fuéredes servido, que los que aquí venimos, somos hombres de tal calidad, que nos dan oidos en cualquiera parte, por calificada que sea.

NATERA.—Señor, perdone V. md.; ya ve si tengo razón de estar alterado; pero, á Dios que todo se ha de andar. ¡Tomáronme malo, que yo les mostrara quien era Natera!

MONTALBO.—Paréceme, señor, qué contrahaceis sordo. Oid, si quisiéredes, y si no, yo os doy fe que, sin daros cuenta, haga yo de Violante como vos la llamais, lo que quería hacer Osorio, porque es mi hija.

NATERA.—¿Qué es eso? ¿Cómo es hija de V. md?

MONTALBO.—Mi hija es, y yo la perdí en un incendio de una casa mía, junto al fresno gordo, una legua de Granada, siendo de dos años, y héla tenido hasta agora por muerta, y háseme descubierto tenerla vos por hija, que diz que en aquella coyuntura pasastes por allí, y la tomastes, y aun no sé si hicistes bien en traerla de aquella manera.

NATERA.—Y ¿quién dixo á V. md. eso: cómo es su nombre de V. md?

MONTALBO:—No es menester más, que ello es ansí, y mi hija es, y yo, me llamo Lorenzo de Montalbo, y ella se llama Victoria de Montalbo.

NATERA.—¡Oh, altísimo Dios!: verdad es lo que V. md. dice, que no lo puedo negar; pero paréceme que no tengo por menor este peligro que el pasado, pues por cualquier vía, pierdo á mi hija y mi con-

suelo, y, señor, es gran verdad que yo tomé esta niña de la manera que V. md. dice, y la he criado sobre mis ojos, y la tengo por más que hija y para ella toda mi hacienda, y no me tenga V. md. por tan mal cristiano; porque yo soy hijodalgo, juro á Dios, y si lo quieren ver, dad acá ese previlegio que está corriendo sangre.

MONTALBO.—No hay necesidad que yo estoy informado de quien es V. md.

NATERA.—Digo, señor, que no me tenga por tan mal cristiano, que después acá no me he informado cuya era aquella heredad y casa que se quemaba y sé que era de V. md. y tenía propuesto yo y mi muger, que haya gloria, de en casándola y partiendo con ella nuestra hacienda, de hacerlo saber á V. md. por descargo de mi conciencia; pero quisiera yo que fuera después de casada, que V. md. no pudiera llevármela delante de mis ojos, porque crea que es llevarme la vida.

MONTALBO.—Todo se hará, señor Natera, á su voluntad; pero, suplícoos que la hagais salir aquí.

NATERA.—Corre, llámala, Parrado. Venid acá, hija mía; besad las manos á vuestro padre, pues la fortuna no me concedió que yo pudiese tener este nombre con verdad, y dad gracias á Dios que os lo dió harto más honrado que yo soy, aunque no sé si os querrá tanto.

MONTALBO.—¡Hija mía; cómo sois toda vuestra madre!

NATERA.—Señor Montalbo, que así es su gracia

de V. md., por amor de un solo Dios me haga tanto bien, que en galardón de todo lo que he hecho por mi hija, ¡no le puedo olvidar, ni llamar otro nombre! no me dé V. md. la muerte y que se dé orden como sea puesta en parte donde la vea yo cada día, y le dé mi hacienda, pues toda es suya.

MONTALBO.—Señor Natera, paréceme salvo mejor juicio que será el vuestro, que con un concierto soldaremos muches yerros y que pues el negocio de esta noche es de calidad que ninguna conviene más á la honra de nuestra hija que casarla con el señor Osorio, pues el amor que le tiene, le privó el sentido para hacer una cosa tan fuera de razón; y en esto forzá, señor, vuestra voluntad, tomando exemplo en un Pisístrato, príncipe y tirano de Atenas, que, andando enamorado de una hija suya un hijo de un ciudadano, viéndola con su madre en un templo y pasando cerca de ella salió tan de su juicio, que la besó públicamente, al cual mandándolo matar la madre de la moza, lo hizo soltar amorosamente el Pisístrato, diciendo que «si á los que nos quieren bien matamos, á los que mal, ¿qué les habemos de hacer?»

NATERA.—Señor, hija es de V. md.: yo no puedo tener en ello más voto de querer lo que V. md. aprobare; verdad es, que yo quisiera que fuera de otra manera, pero ordenándose ello de forma que mi hija no salga de mi casa, yo le daré luego la mitad de mi hacienda ó cinco mil escudos, y al fin todo lo que tengo, y me quedare, es suyo.

MONTALBO.—Paréceme, señor Figueroa, que no falta ya aquí sino la aprobación de V. md.

FIGUEROA.—Antes falta el dexar de haber yo besado las manos á V. md., por tan gran merced, y pues todos somos suyos, dispense á su voluntad.

MONTALBO.—Está bien; entrémonos que allá se entenderá en el asiento del negocio; que noche con tal tormenta y bonanza nunca se vido en la mar, ni en la tierra.

SALAZAR.—Señor Montalbo, suplico á V. md, se acuerde de la merced que me prometió.

MONTALBO.—¿Qué mandais, señor Salazar?; veisme aquí muy presto para lo que quisiéredes.

SALAZAR.—Y á V. md., señor Figueroa, le suplico lo mismo.

FIGUEROA.—Pues ¿qué sois servido, señor Salazar, que yo haga?

SALAZAR.—Lo que V. md. me prometió hoy, de alcanzarme el perdón de mi padre.

FIGUEROA.—Os lo torno á prometer, y lo haré de ojos, y cuando no lo hiciere vuestro padre le ternemos yo y el señor Montalbo, por enemigo, cuanto más que no habrá hombre tan inconsiderado que no tenga por gran ventura tener tal hijo.

SALAZAR.—¡Oh Dios, no sé como lo diga, pues vuesa merced se ha sentenciado! No hay para qué esperar más, porque consigo mismo he de negociar esto, porque yo soy, Florencia de Figueroa, su hija, tan tenida por muerta, por V. md. llorada, que por no serlo ya aunque por mis manos viene este remedio

porque me forzaba á ello una fuerza invencible y pues está en manos de V. md. como dice le suplico me perdone.

FIGUEROA.—¡Jesús, hija mía!; muerta ella es sin duda si no es sueño. Levantaos, hija, que yo os perdono, que yo sé que siempre fuistes tan cuerda que sin algún misterio no hicistes tal novedad.

SALAZAR.—Y también lo debe hacer V. md. por la parte de mi culpa que debe por dar tan liviana entrada en su casa á quien tan cruelmente robó mi libertad, de manera que por no desesperar, dí en tan desesperado remedio.

FIGUEROA.—Ya os entiendo, hija, y no tengo yo libertad para reprenderos sino para dar gracias á Dios por sus infinitas maravillas. ¿Qué le parece á vuesa merced, señor Montalbo, háse oido tal cosa?

MONTALBO.—Paréceme, señor, que yo debo cumplir con la señora Florencia de Figueroa; porque ya tengo entendido que es la promesa que me pidió é yo le prometí y ella no ha cumplido conmigo en no darme las manos á mí y á Alarcón por la merced que nos ha hecho, pero dénos V. md. las suyas.

FIGUEROA.—Esas beso yo á V. md. y besádselas vos, hija.

MONTALBO.—No, señora mía, que yo tengo de hacer eso.

FIGUEROA.—Sús, señor. Paréceme, si V. md. manda, que nos entremos en esa casa y daremos orden en los conciertos de la efectuación de estos negocios.

PARRADO.—¡Jesús, Jesús! ¡mirá si el diablo ordena-

ra más marañas! Y á qué hora me invían por un escribano público para sus conciertos y escrituras que no aguardaran á mañana. Creo que temen que esta noche se han de tornar á deshacer; pero no se ha oido jamás tal cosa, por Dios, que aunque micer Antonio quisiera inventar alguna comedia no pudiera fingir lo que aquí se ha visto. ¡Mirá si se engañaba mi viejo con los amores de Salazar! ¡cómo entendió ser muger: por eso sabe el diablo mucho! Yo me voy; que esta tarde, los que de vuesas mercedes se quisieren hallar á los conciertos y escrituras, entren acá que no les faltará colación.

FIN

NOTAS

I. En la *Advertencia* preliminar se dice que no se conoce más que un manuscrito de la *Comedia de Sepúlveda*. Entre los libros de Gayangos que recientemente adquirió nuestra Biblioteca Nacional, vino otra copia sacada al mismo tiempo que la del Sr. Menéndez y Pelayo y del mismo original.

II. Respecto del lugar en que Gayangos vió el antiguo códice, no debemos omitir que Barrera en su *Catálogo* afirma que fué en Sevilla. Pero de seguro no se enteró bien el insigne bibliógrafo, porque el manuscrito lo vió Gayangos en Madrid, donde le permitieron hacer la copia y luego lo recogieron sus poseedores. Así se lo ha manifestado el mismo Gayangos repetidas veces al Sr. Menéndez y Pelayo. Hacemos esta aclaración por si todavía pudiera seguirse la pista á tan importante códice. El pueblo en donde se halló no es conocido, pero sí que era del antiguo reino leonés.

III. (Pág. 11). Por las palabras de Escobar y Becerra se deduce que solía representarse en Sevilla en casas particulares, y que la *Comedia de Sepúlveda* lo fué en una de ellas.

IV. (Pag. 17). El autor se muestra enterado del rigorismo clásico cuando dice: «Desde aquí comienza la comedia, porque como el primor de estas comedias es que

parezca que pasa en un día para acabarse, porque no se puede fingir noche, ni otro día, no pudiera intervenir todo esto ni tornarse tan atrás sin que fuera la fábula de Orestes». Todo este prólogo es muy digno de tenerse en cuenta atendiendo á la época en que fué escrito.

V. (Pág. 61). Este episodio de Ramón de la Campaña, así como los de Natera, nada tienen que ver con la acción principal y pueden considerarse como los *pasos* que Lope de Rueda intercalaba en sus comedias. Sobre todo, esta burla que Parrado hace al simple aldeano, es un verdadero *paso* que se completa con la siguiente escena del ama López y pudieran segregarse sin que el interés padeciera. Lo mismo puede decirse de la escena nocturna al pie de la cruz entre el nigromántico y Natera, pero amenizan el giro y desarrollo de la comedia.

VI. (Pág. 85). «Por vida de mi vida te juro que por solo haberla entraría en el infierno, como Orfeo. *No sé si oiste una farsa de Aguilera en que se trataba esto la nochebuena en casa del Deán.*» Tenemos aquí una obra y un autor de mediados del siglo XVI desconocidos. La fábula ó farsa de Orfeo, tal vez será imitación de la obra de Angelo Policiano.

VII. (Pág. 144). «Pero no se ha oido jamás tal cosa, por Dios; que aunque Micer Antonio quisiera inventar alguna comedia no pudiera fingir lo que aquí se ha visto.»

Este Micer Antonio, por tan extraño modo aludido, debe de ser M. Anton Francesco Grazzini llamado *El Lasca*, autor dramático italiano del tiempo en que vivía Sepúlveda, que escribió ingeniosas comedias de enredo, como *La Gelosía*, *La Strega*, *La Spiritata* y otras varias. No atinamos á quien no siendo éste pudiera referirse el poeta sevillano.

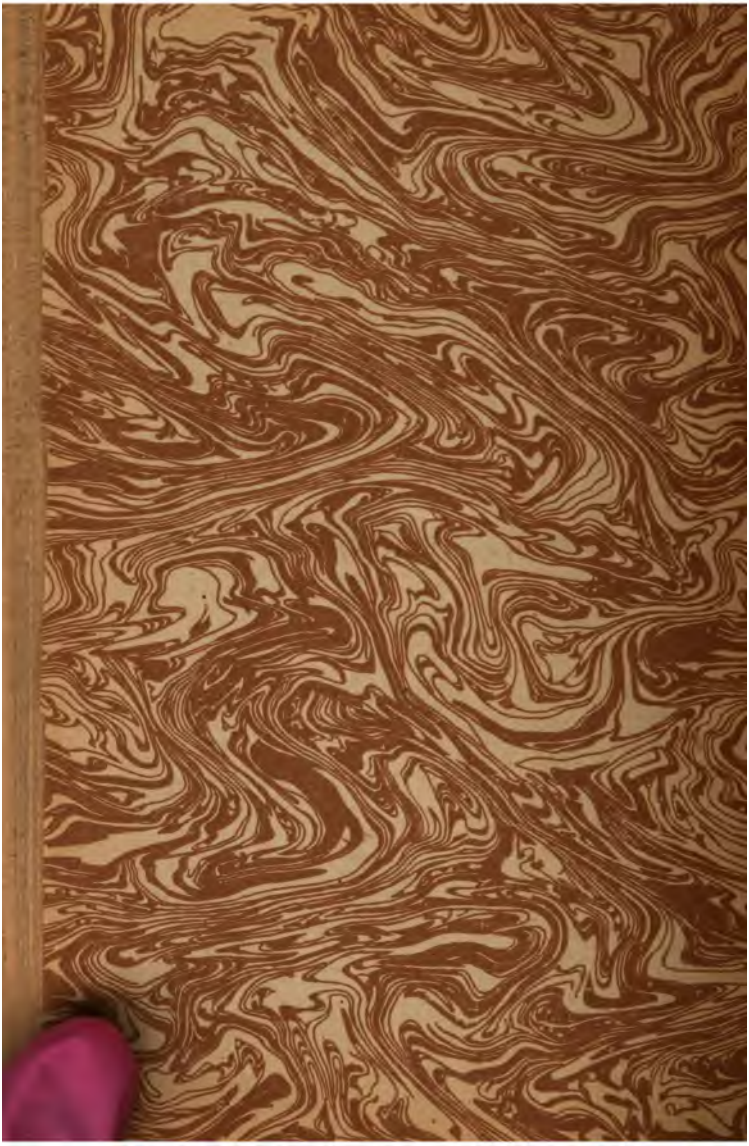
ÍNDICE

Páginas.

Advertencia.. 5
Prólogo del autor. 11
Acto I. 19
Acto II. 51
Acto III. 81
Acto IV. 125

ERRATAS

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
9	4	grcias	gracias
12	23	cualqnier	cualquier
15	6	nuchas	muchas
17	1	a tomó	la tomó
17	6	lamaban	llamaban
18	26	teugo	tengo
20	11	mill	mill
20	17	piicarla	plicarla
24	11	nece-sario	necesario
25	23	los	las
26	18	les	le
32	18	atrevesado	atravesado
48	21	que dió.	que me dió.
49	17	amo	amor
57	16	entra y	entra y sale
58	1	nna	una
60	1	anales,	males,
61	7	llsonja,	lisonja,
61	11	hobiera	hobieran
61	14	zador	rador
61	14	amor.	amo.
61	18	tapia,	Tapia,
62	8	Espera	Esperá
63	19	jure mill vece!	juro mill veces!

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
63	30	arrado;	Parrado;
65	7	tuétauos	tuétanos
65	20	autona	Antona
71	16	corolarjos	corolarios
72	3	disguto.	disgusto.
73	2	confitada.	confitadas.
76	14	haeía	hacía
76	29	eucontrado	encontrado
77	25	Gillermo,	Guillermo,
79	9	habla	hablar
79	12	déjame	dejáme
79	25	maner	manera
80	13	habrá	habia
82	1	calentaras	calentarás
87	3	Salacara,	Salazara.
88	1	epizca	pizca
88	7	agora	agua
88	10	*éste*	*ésta.*
90	20	eiego	ciego
92	27	hace.	hacer.
96	22	me me	me
96	28	he venido	ha venido
97	2	invié	invíe
98	3	Espérame	Esperáme
98	19	nigromático	nigromántico
99	14	cena	cenar
99	15	medta	media
102	27	te	se
104	2	allá	á ella
104	30	tes de	tes ha de
105	3	la teugo	le tengo
114	13	toba	loba
116	21	*mnjer... diee*	*mujer... dice*
118	17	desbaraban	desbaratan
118	22	como	como el que

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
120	8	y á mí	y á mí (me parece que)
120	23	Riéndos iba	¿Riéndose iba?
120	28	pasá	pasar
120	28	cosa Jhs.	cosa! ¡Jhs!
122	14	Guillemo,	Guillermo,
122	15	ha traido	habeis traído
127	2	ttas	tras
127	7	puediese	pudiese
136	25	vo es	voces